

La Esfera

12 Febrero 1916

Año III.—Núm. 111

ILUSTRACION MUNDIAL



JUVENTUD, cuadro de Galofre Oller

DE LA VIDA QUE PASA

CEPOS QUEDOS

Más que todos los cervantistas, cervantófilos, cervantinos, cervantólatras, cervantólogos y cervanteros, prontos á pavonearse y poner á prueba sus varias aptitudes, con motivo del centenario de Cervantes, ha demostrado su respeto y su admiración al Príncipe de nuestros Ingenios, el señor conde de Romanones.

Suspendiendo indefinidamente la celebración de esa fiesta, el Presidente del Consejo evita dos males: que, á cuenta de abrillantar, se empañe con ceremonias, espectáculos y homenajes risibles, la memoria del autor del Quijote, y que se ponga España en ridículo.

No lo hubiéramos corrido flojo, á juzgar por casi todas las cervantadas en proyecto.

Todavía algunas fueran aceptables para ornamento de una fiestecilla casera. Las otras solo tuvieran lugar propio en un centenario de candil.

No es en esta forma como, puestos á honrar á un genio, tal como Cervantes y á un libro, tal como el Quijote, están y estaban obligados á proceder el Gobierno y las entidades oficiales. Si el centenario del Quijote no ha de ser algo magno, vale más que no sea.

Un par de discursos, mejor ó peor hilvanados; otro par de ediciones, lujosa una, la otra popular de El Ingenioso Hidalgo, algunas recepciones académicas y palatinas; la primera piedra de un monumento que será, puesta en una plaza que no es aún; Madrid engalanándose poco más ó menos como en ferias de San Isidro; las inevitables corridas de toros para deleite de nacionales y asombro de extranjeros, con más, fuegos artificiales, verbenas y procesiones cívicas, no resultan cosa mayor para rendir tributo á la obra más grande que parió la literatura mundial.

Remover á tales andanzas los huesos de Cer-

vantes y las figuras de Don Quijote y Sancho, fuera crimen, indigno de misericordia y de insulto.

¡Y no se diga como caerían, con motivo del centenario, sobre Cervantes, aquellos varones que se llaman sus fieles y no dejan rincón por husmear, ni falta por exhibir á los aires, cuando hablan del Manco de Lepanto, arrojando todas las flaquezas del hombre sobre las grandezas del escritor.

Volveríamos á escuchar que Miguel de Cervantes Saavedra, mendigaba rastreadamente, en dedicatorias y epístolas, la limosna de los reyes y de los próceres; nos repetirían que defraudó al Estado y sufrió prisiones por estafa; que fué amante de hembras de vida airada y dueño ó condeño de una casa de mala nota en la histórica Valladolid. Lo que con el hombre se fué, saldría revuelto con su gloria y sobre los esplendores de una inmortalidad, se lanzarían las sombras de una personal existencia. Los topos literarios harían todas las faenas propias á su zoológica condición.

Ciertamente, no merece la pena de celebrar en esta guisa el centenario, con la agravante de invitar á él á todas las naciones, dando carácter mundial á homenajes tan irrisorios.

Para bien nuestro, pocas representaciones hubieran podido asistir de los extranjeros países. Casi todos ellos en guerra, ni están para festejos, ni podrían venir sin sonrojo á aquellos que se celebrasen en pró y honra de la cultura.

Dos ó tres pueblos europeos y nuestros hermanos de América, hubieran respondido á la invitación oficial, saliendo dolorosamente impresionados de la pequeñez de los honores rendidos á Cervantes y pensando, que para tan mezquina función no valía el trabajo de hacer ellos

el viaje y de remover nosotros los huesos de un muerto y las maravillas de un libro. Bien es verdad, que, si en desagravio á su desengaño, queríamos proporcionar á los extranjeros desquite, mostrándoles en una fiesta de cultura, los progresos de la cultura patria, haríamos mejor papel.

Con manifestarles que en España, fuera aparte de un sesenta por ciento de españoles, todos saben escribir y leer; con hacerles visitar las escuelas de la nación para que viesan qué puntos de avance pedagógico calzamos por acá y con presentarles el espectro del hambre cerniéndose sobre el país, pondríamos digno marco al cuadro del centenario de Miguel de Cervantes Saavedra.

Bien ha hecho Romanones en suspender los festejos, siquiera con esta suspensión sufran quebrantos graves los logreros que ya revoloteaban sobre el Quijote, como lo hicieron sobre el andante caballero aladas alimañas nocturnas en la cueva de Montesinos.

Vayan los logreros con Dios y feliz el Ingenioso Hidalgo por librarse esta vez de yangüeses y galeotes.

El conde de Romanones merece plácemes sinceros por haber echado á rodar de una sola plumada el nuevo retablo de maese Pedro con que íbamos á presentarnos ante Europa en la posada nacional.

Si alguna vez nos hallamos en condiciones de rendir á Cervantes y á su obra un homenaje digno de ellos, rindámoselo.

Hoy por hoy, cepos quedos, y cuando llegue el día, alcemos en nuestra alma un altar y sacrificuemos en él á la memoria del autor y de la obra inmortales.

JOAQUÍN DICENTA



De la vida de Cervantes.—“El autor del “Quijote“, en sus últimos días, escribe la dedicatoria al conde de Lemos“

Cuadro de E. Oliva, premiado con segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1884

TRAGEDIAS DE LA GUERRA



El Rey Pedro de Servia y su corte, durante su triste éxodo a Albania, al retirarse su Ejército ante la invasión austro-alemana

La suerte de un rey vencido

Sin manto de armiño, sin cetro, sin regia corona, sin el fasto pomposo de la Corte, fué preciso abandonar aquel país que el bravo monarca defendiera con bizarra tenacidad. De nada sirvieron para contener el brioso empuje de los invasores el baluarte natural de las montañas serbias, el bravo heroísmo de aquellos sufridos soldados y la firme voluntad de un rey sin trono que busca en vecinas tierras, no ya la quietud del reposo, sino el acicate perenne del batallar.

Tres guerras diezmaron las filas de un ejército sobrio y valiente; la miseria se enseñoreó del país, los prometidos refuerzos no llegaron y la peste hizo estragos en villas y aldeas.

En vano ofrendaron á la patria epopeya el sacrificio de la vida, millares de soldados; inútil resistencia; el enemigo era fuerte, poderoso, invencible y á costa de pérdidas sangrientas consiguió su objetivo. Todo el país sufre el yugo dominador de los vencedores; preciso le fué al veterano rey que asentó su trono sobre un episodio criminoso, abandonar su reino, caminar á la ventura por el destierro, marchar á pie en la ruta albanesa, apoyado en recio cayado, seguido de las damas de su corte y los soldados de su guardia, en triste caravana silenciosa, desahuciada de sus pueblos y hogares por la fuerza imperiosa de las armas.

Adiós ensueños de grandeza, afanes de hegemonía, ilusiones doradas de marciales glorias; tras la derrota la fuga por caminos olvidados entre montañas bravías, por sendas que la nieve tapizara con manto de armiño, dejando atrás re-

cuerdos y esperanzas, páginas de una historia sangrienta y el vago temor de un porvenir incierto.

Sin más armas que unos pocos fusiles, sin más ropas que las puestas, sin municiones, sin bagajes, caminando hacia lo desconocido, un rey abandonó su derruido reino perdiéndose á la ventura en las escabrosidades ignotas de su ruta sin tino.

Vagó por Albania el destronado rey sufriendo las inclemencias del tiempo y las amarguras del infortunio.

En aquella abrupta región indómita, hicieron sus predecesores, siglos há, victoriosas escursiones guerreras. Allí, donde llegaron sus ensueños de dominio antaño, y de rincón de paz hoy, consiguió ser dueño y señor Esteban Duschán, en su fructífero reinado. Todo aquel país rebelde reconoció sumiso su vasallage; las nobles familias de los Topia, los Musachi, los Arianitas, los Kastrioto, y tantas otras, aceptaron su soberanía; turcos y venecianos, alternaron después en la dominación de aquel selvático país y aun hoy el Norte y el Centro no reconocen más soberanía que la de su libre albedrío, ni más yugo que el de su rebeldía perenne.

Allá fué el Rey Pedro al dejar pobre y sometido á su desventurado país; allá fué cruzando la frontera en amarga jornada, sin honores de grandeza y sin esplendores de heroísmo; ante el bochorno de figurar como un rey sin trono, prefirió hacerse pasar por un general derrotado y se hizo llamar por sus adictos el general Topola.

Los victoriosos laureles del triunfo anterior trocáronse en desastres sangrientos é infructuosos, en épicas luchas desesperadas, en las que el viejo Rey hubiera preferido la muerte á la triste odisea de la fuga.

Hordas indisciplinadas atacaron á los suyos, el hambre hizo presa en las filas aniquiladas de su pequeño ejército y los que antes lucharon por la Patria, luchan hoy por la vida, porque así les será tal vez dado en el obscuro porvenir volver de nuevo á aquella perdida tierra de promisión.

Exodo sin ventura el de una corte que arrastra su fé en procesión funesta sobre la alfombra de nieve, bordeando lagos y rodeando montañas en afán de reposo para el espíritu abatido, y en deseo de baluarte en que proseguir aquella lucha homérica en terrenos que fueron un día escenario, asimismo, de sangrientas peleas por la causa cristiana.

Este rey anciano, fuerte como un roble, energético y firme, aportó á su reinado sangriento, marciales afanes que ensancharon, primero, las fronteras de su pueblo para aplastar más tarde entre ellas á una raza indómita y guerrera mal avenida con las andanzas de la paz y harto confiada en el poderío de sus auxiliares, que llegaron tardíamente en su socorro.

Rey sin trono camina en el destierro sin rumbo y sin fé.

CAPITAN FONTIBRE

DIBUJO DE MATANIA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



AUTORETRATO de Alberto Durero

LOS RETRATOS DE DURERO



Retrato de Federico de Weise

EN la rica colección de retratos que hay en el Museo del Prado maravilla, tanto como los retratos del Greco, tanto como los de Velázquez y Goya, el retrato de hombre, pintado por Alberto Durero. El caballero desconocido tiene la mirada torva, el entrecejo duro, la mandíbula inferior firme é imperante, no á la manera de Carlos V, sino como de hombre de presa: una mandíbula amplia y cuadrada como la de un felino carnicero. Los alemanes afirman que las obras de Durero encarnan los ideales artísticos y las creencias de aquel pueblo. Es un caso admirable de adaptación. Descendiente de padre húngaro, que á juzgar por sus viajes y por la facilidad con que cambió su profesión de domador de caballos por la de platero, debía de ser una recia voluntad, Durero se siente poseído de las inquietudes del alma alemana, que producen



Retrato de Willibald Pirckheimer

el descubrimiento de la imprenta y la rebelión del protestantismo.

Nos habla él en sus autoretratos. El que se conserva en el Museo del Prado nos muestra su melancolía, su preocupación, su mirada puesta en una idea sin forma material, sin línea ni color. En la Pinacoteca antigua de Munich se conserva un autoretrato de bastante más edad que el que hay en Madrid. Seguramente Durero quiso imitar en ese autoretrato la figura de Cristo. Nos mira de frente el gran artista con sus grandes ojos impregnados de misterio, las rizadas melanas rubias cayendo sobre los hombros y encuadrando la amplia frente llena de serenidad... Contemplándole pensamos en su asombrosa obra religiosa: en los centenares de santos y de vírgenes y en la Pasión que grabó en estampas admirables y advertimos que hay en sus concepciones místicas un curioso paralelismo con las del Greco. También Alberto Durero llega en sus santos y en sus símbolos á la extravagancia; también nos sorprende con su inquieto anhelo de darnos una visión singular de la región de los elegidos. Así mientras sus vírgenes son demasiado humanas, sus símbolos nos hablan de un más allá en el que no acertamos á penetrar.

Y como el Greco y como Goya ante la realidad del hombre, ante el lienzo preparado para hacer un retrato, el artista no solo se convierte en esclavo de la línea y del color sino que nos quiere ofrecer el alma de su modelo. Así se ha dicho con justicia que sus autoretratos son confesiones. En cambio, los retratos que hizo á sus amigos, especialmente los grabados, son verda-



Retrato llamado "el pequeño Cardenal"

blo alemán que Alberto Durero encarna en Federico de Weise y en Willibald Pirckheimer, el uno con la mirada insolente y el labio partido, todo osadía, todo acometividad y el otro todo quietud, todo resistencia, como si el ángulo recto de su perfil no pudiera quebrarse, y os aparecerá escrita toda la historia de aquel periodo. Esos rostros dicen tanto como dicen los entristecidos caballeros que presencian el entierro del Conde de Orgaz. Está allí la inquietud de España; está la adivinación de su destino. También en esos retratos de Durero está la visión de las luchas que sostendrá Alemania. Si os fijáis un poco encontrareis en el retrato de Pirckheimer rasgos que habeis conocido en el rostro de Bismarck. Son los mismos ojos cobijados bajo la misma recia frente. Se adivina la misma fuerte voluntad que aplastará á sus enemigos.

Ahora, en estos días de angustia en que se exalta el patriotismo de los pueblos que luchan, y en que el espíritu colectivo busca en unas y otras naciones hombres representativos, encarnación y símbolo de la raza, se resucita la memoria del supremo artista para recordar que toda Alemania está en su obra. Y se da el caso curioso de que en esa misma labor ven los alemanes todas las virtudes que creer tener y ven sus enemigos todas las durezas y crueldades que les atribuyen. Así los unos dicen: «Ved los ojos de Melanchton: allí está la fe». Y responden los otros: «Está allí el fanatismo». Dicen unos: «En Weise está la energía». Responden los enemigos: «En él está la crueldad».

MINIMO ESPAÑOL



Retrato de Felipe Melanchthon

deras delaciones. La frase es feliz y es exacta. Los dos retratos del Cardenal Alberto de Brandenburgo, conocidos vulgarmente por «el gran Cardenal» y «el pequeño Cardenal», impregnados de serenidad, de autoridad, de empaque un poco vano y fingido nos dicen cómo una mayor humildad, una mayor modestia en las altas autoridades de la Iglesia, hubiese podido desarmar la ira de Lutero. En cambio, el retrato de Felipe Melanchthon, con sus ojos delirantes de fanatismo, su nariz corva indicadora de violencia, su mentón saliente y osado delatador de terquedades invencibles nos explican á Lutero vencido todo escrúpulo, acicateado, empujado á la rebeldía. Está, acaso, en esos tres retratos toda la lucha entre los dos mundos de ideas que trabaron tan tremendo combate.

Rodead estos elementos de estos otros símbolos del pue-



Retrato llamado "el gran Cardenal"

CUARTO CENTENARIO DE LA MUERTE DEL REY CATÓLICO

LA CAPILLA REAL DE GRANADA

GRANADA ha conmemorado en pocos días dos grandes acontecimientos históricos: la conquista de la ciudad por los Católicos Reyes Don Fernando II de Aragón y Doña Isabel I de Castilla, base de la unidad territorial de España, y la muerte del glorioso monarca á cuyo reinado débese el engrandecimiento de la nación, que se compendia en el resurgimiento político y religioso derivado de aquel hecho y del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

El día 2 de Enero cumplieronse cuatrocientos veinticuatro años de la entrega de la ciudad por Boabdil á los Reyes Católicos y el 23 del mismo mes háse cumplido el cuarto centenario de la muerte del monarca invicto que tanto contribuyó á la grandeza de su patria y que por extraño designio de la suerte acabó su existencia de modo tan humilde, é impropio de su condición, como la había comenzado.

Vió la luz el día 2 de Marzo de 1452 en un lugarejo de Aragón, el más pobre de la comarca, puesto que era el que tenía menor número de vecinos. Y el momento más importante de su vida, el que de modo más decisivo había de influir en ella y en los destinos de la nación que más tarde había de gobernar, desarrollóse igualmente en condiciones de humildad y misterio inadecuados. Vestido con el burdo traje de un servidor de mercaderes, á modo de disfraz, penetró en Castilla para llegar á Valladolid con el propósito de darse á conocer á la que luego había de ser su esposa, la gran reina Isabel, que por sus magnanimidades y sus virtudes ha dejado en la Historia el recuerdo más imperecedero y las páginas más gloriosas. Y en otra aldea mísera, y en un pobre mesón, sorprendióle la muerte en la madrugada del 23 de Enero de 1516 al regresar de Plasencia, donde había permanecido cazando en una posesión del duque de Alba y cuando se dirigía á Sevilla para asistir á un capítulo de los caballeros de Calatrava que había de reunirse en el convento de Guadalupe. Madrigalejo fué el lugar humilde donde exhaló el último suspiro aquel gran soberano que estando destinado á dar á España los días de mayor esplendor y gloria



Fachada de la Capilla Real



Estatua orante del Rey D. Fernando, en la Capilla Real

nació y murió en las condiciones más modestas. Los más autorizados biógrafos coinciden al trazar el retrato de aquel gran rey. He aquí uno de los más exactos bosquejos de tan bella y grandiosa figura:

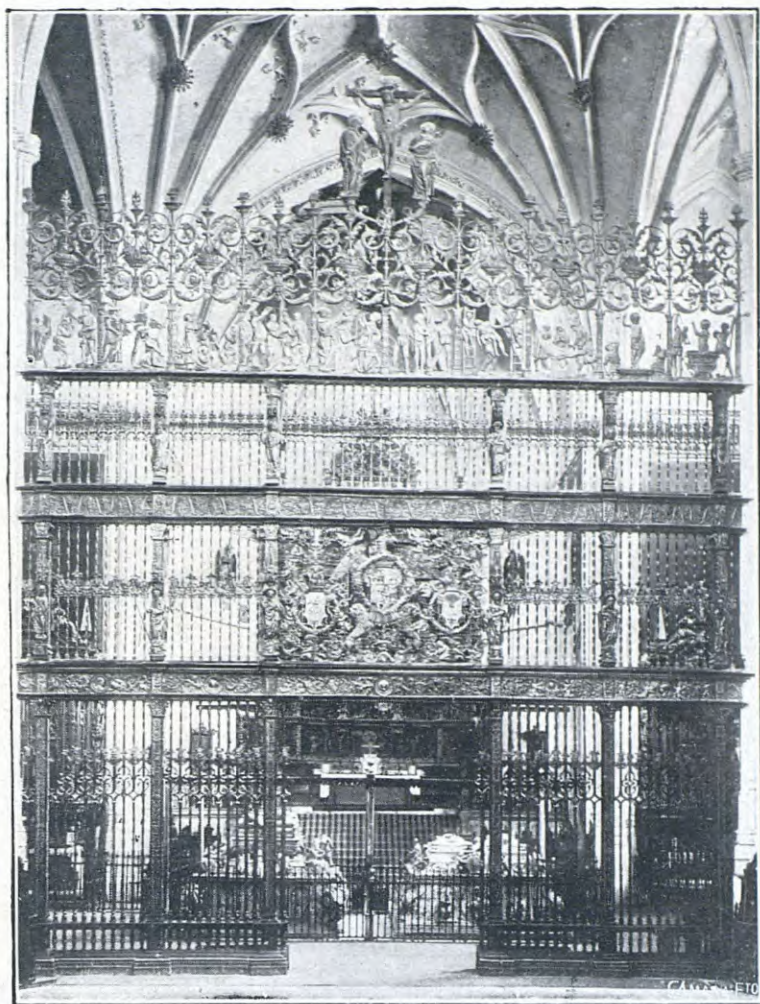
«Era de regular estatura, de complexión fuerte y vigorosa; el color blanco y sonrosado; las carnes llenas; el carácter afectuoso, cortés y alegre, sin que jamás se observase en él la taciturnidad que los grandes problemas suelen producir aun en los ánimos é inteligencias más fuertes. Tenía ojos brillantes, muy animados; nariz y boca pequeñas, bien formadas; dientes blanquísimos, la frente era ancha y serena, el cabello largo, de color castaño claro; sus movimientos estaban impregnados de gravedad, y todo su aspecto acusaba la majestad digna de un gran rey.»

En sus costumbres y aficiones era constante y sobrio y frugal en las satisfacciones de la más ineludible de las necesidades de la vida. Ni los placeres de la mesa le seducían, ni sugestionaba su ánimo la brillantez de las fiestas de corte. Enemigo de las prodigalidades inútiles y de exhibiciones ostentosas, era en cambio pródigo y desprendido, como la reina, que tan alto ejemplo dió de su generoso desinterés vendiendo sus joyas con el fin de facilitar la atrevida empresa de Cristóbal Colón, para todo aquello que pudiera redundar en beneficio de su patria. Así se explica que al morir no dejara fortuna ni otros tesoros que perpetuasen su memoria más que sus nobles actos. Saavedra Fajardo dice en sus *Empresas políticas* acerca del gran Rey Católico:

«En su glorioso reinado se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra...; fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales...; levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la afirmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio, y la dejó perpétua con fundamentos é institutos verdaderamente políticos.»

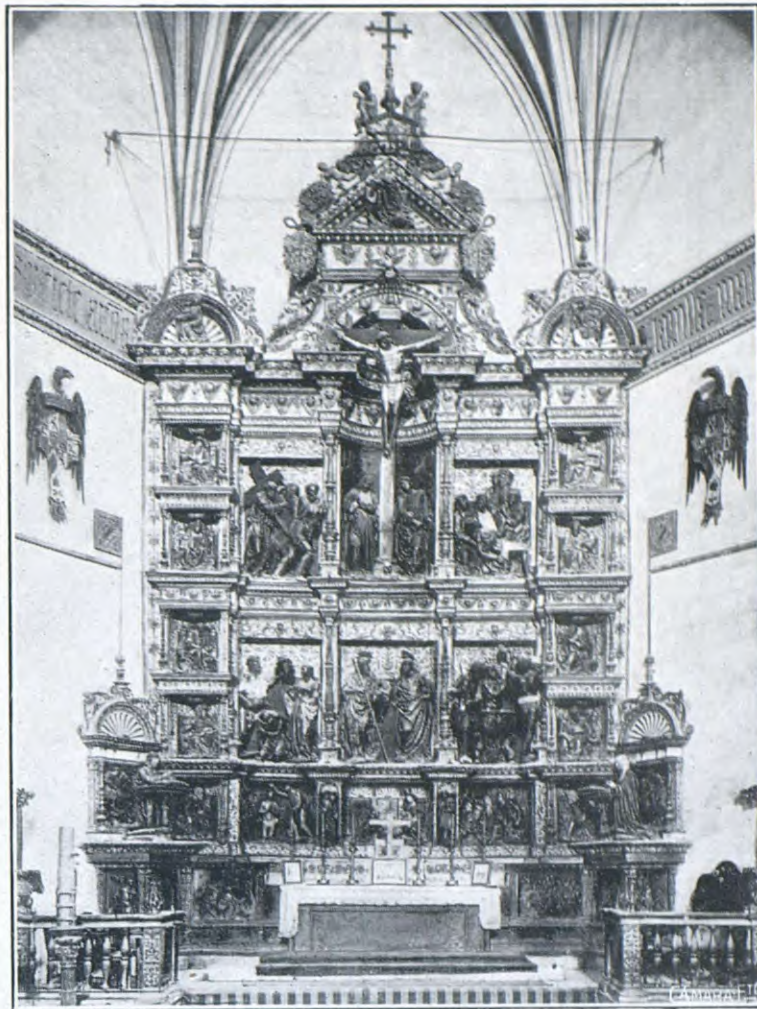
ooo

Entre los muchos templos é instituciones piadosas que se deben al reinado de Fernando é Isabel y que determinaron



Magnífica verja de la Capilla de los Reyes Católicos

FOTS. TORRES MOLINA



Altar Mayor de la Capilla de los Reyes Católicos

la decisión del Pontífice de denominarlos con el dictado de *Católicos*, cuenta Granada las iglesias de San Juan de los Reyes, Santo Domingo y el Salvador, á más de la Capilla Real que no á manera de monumento, sino con el único fin de que en ella fueran sepultadas sus cenizas, mandaron construir el año 1504.

Yacen bajo las bóvedas de este sencillo panteón los reyes que unieron dos mundos bajo su corona, y en él guardase el cetro, la diadema y la espada que ceñía Fernando el día de la entrega de la Ciudad, el misal que llevaron consigo durante la campaña, los ornamentos sagrados que bordó la mano de la misma reina y otros gloriosos recuerdos de aquellos monarcas incomparables.

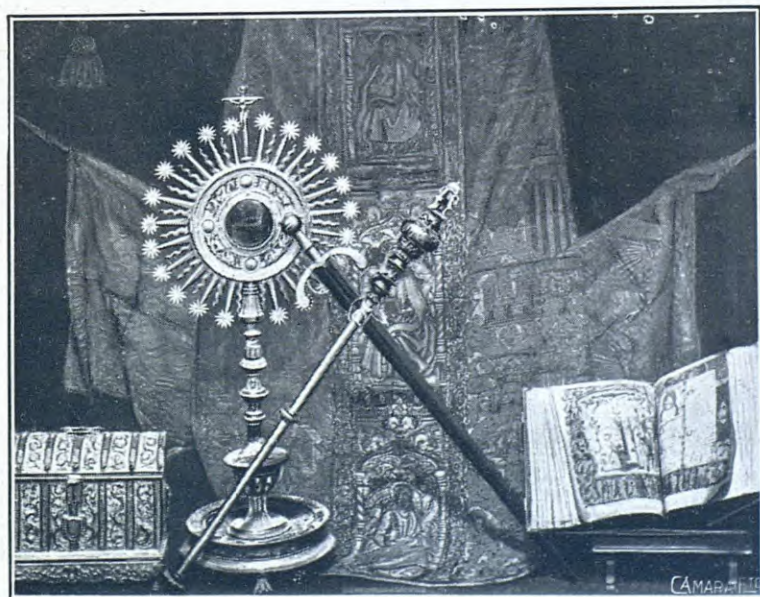
Demasiado humilde parecióle al Emperador Carlos V, para guardar los restos de tan grandes reyes, pero no se lo pareció así á sus fundadores cuya severidad no les dictó otro deseo que el de erigir un panteón donde pudiera orarse

por su alma. La puerta de entrada á la Capilla, es de arco semicircular, abierto entre dos pilares cuyo frente adornan las figuras de dos reyes de armas. Toda la ornamentación, aunque sencilla, es de gran belleza. El interior es de estilo gótico puro, las bóvedas están sostenidas por anchas ojivas que descansan en las paredes de la espaciosa nave. Una cinta de letras doradas corre á manera de friso bajo el arranque de los arcos y la inscripción en que consta quienes fundaron la capilla, el año en que murieron y el en que fué terminada la obra es de góticos caracteres. Las ventanas, algunas de las capillas y el altar mayor pertenecen á este mismo estilo. Alzase entre la nave y el crucero una riquísima verja en la que tambien existen reminiscencias góticas. La nave comunica con la capilla del Pulgar y el Sagrario por una puerta de arco trilobado bajo cuyas impostas vense cubiertas con sencillos doseletes las figuras de San Pedro y San Pablo. De la Catedral al Crucero abre

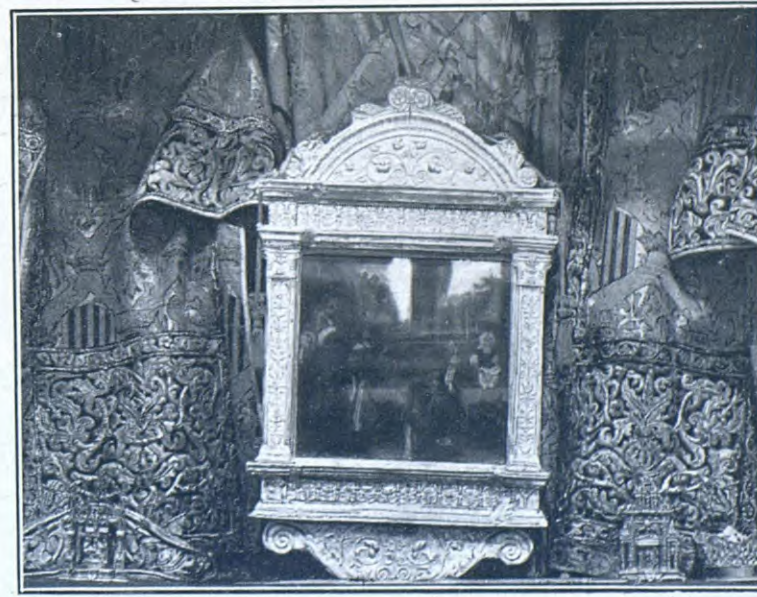
paso otra elegante puerta ricamente decorada. Todo es gótico en éste pequeño templo menos los sepulcros de los reyes, que ocupan el centro del crucero. No guardan armonía con las bóvedas ni con las capillas, pero reúnen en sí tantas bellezas que llega á olvidarse esta circunstancia al contemplarlos. El de los reyes católicos es una obra bellísima del renacimiento, que enriquecen los detalles que adornan las urnas, y las estatuas yacentes que perpetúan el recuerdo de los monarcas.

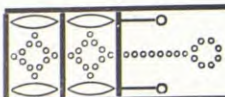
Este hermoso monumento, y el de Felipe el Hermoso y Doña Juana, que ofrece toda la magnificencia del Emperador que encargó su construcción, no son más que cenotafios. Los restos de los reyes no están dentro de estos sepulcros labrados con tan exquisito arte; descansan en sencillos ataúdes abierto al pié mismo de los sepulcros, debajo de las losas del crucero.

JUAN BALAGUER.

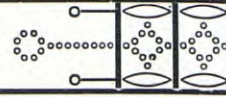


Cofre de alhajas, custodia, misal, banderas, trajes, espada y cetro de los Reyes, que se conservan en la Capilla Real





EL ARTE DE LOS ENCAJES



DESDE los tiempos viejos son los encajes un arte ornamental, estimadísimo tanto por su belleza como por su transcendencia para la industria. Sus finos tejidos y sus delicados arabescos sirvieron lo mismo para entretener pulidas manos de reinas y princesas que para llevar pan y calor á los hogares obreros. Nacido el encaje entre los tejidos y bordados más primitivos, disputáronse su imperio agujas, lanzaderas y bolillos, los cuales, iniciando y fijando diferentes estilos, fueron origen de los anudados y mallas egipcias, de los encajes bolilleros y de los que se hacen por medio de la aguja, originarios de los calados que se hicieron sobre las primeras telas sacando hilos ó cortando el tejido para formar con la aguja de coser puntos variados que constituyeron una creación de los encajes venecianos, primorosos y delicados.

Estos tres estilos ó creaciones principales, se fomentaron en Italia, Francia, Bélgica, España é Inglaterra, dando lugar á numerosos talleres y á la fabricación de afamados encajes.

Hoy, ya no se dictan leyes que impidan divulgar los secretos de los encajes como las que se dictaron con motivo de haberse llevado Colbert á Francia obreras italianas para montar talleres en París, Alençon, Argentan, Sedan y Reims, donde las francesas aprendieron los maravillosos puntos que luego modificaron y crearon otros que aun se llaman de Alençon, d'Argen, Sedan, etcétera.

Los secretos han desaparecido con el progreso. Tanto los puntos *saccola*, greco, crema, *grosso* y tondo, que constituyen con el festón el fundamento de todo encaje veneciano; como los belgas á bolillo que Bruselas, Malinas y Brujas han hecho famosos; como los españoles que se fabrican en la costa levantina y los tejidos en Francia se reproducen y modifican constantemente. Además, las grandes manufacturas de hilos y trencillas han dado impulso á otros encajes, tales como los llamados de Renacimiento, ejecutados con trencillas diversas y pun-

tos á la aguja en los que aparecen entre barretas y milanos de estilo inglés, puntos que recuerdan á los tejidos venecianos.

Actualmente, la fabricación de tules ingleses y catalanes es base para distintos trabajos de encaje. Uno muy español es el antiguo granadino originario de los llamados encajes al trapo, tan primitivos, que nacieron del punto de zurcido. Este trabajo, que considero de actual interés artístico, se ejecuta á la aguja sobre tul y según sus dibujos y puntos rivaliza con la blonda española ó con el Chantilly. Con el fin de proteger á las obreras y al mismo tiempo para fomentar y aun consolidar el arte del encaje, el Ayuntamiento de Madrid fundó una clase-taller y confió esta empresa á una Junta protectora. Damas tan aristocráticas como la condesa de San Rafael, marquesas de Casa Torre y de Maltrana, Madame G. Jencquel y otras varias, tan inteligentes y activas como las ciadas, son las que constituyen la Junta.

La encantadora condesa de San Rafael decidió á mujer de tan altos prestigios como la condesa de Pardo Bazán á ocupar la presidencia. Se trataba de hacer bien á la patria y á las obreras y la insigne autora de *La sirena negra* ofreció generosamente su concurso.

La duquesa de Parcent con la «Sociedad española de amigos del Arte», regaló al taller unos modelos que llaman extraordinariamente la atención por su valor artístico.

Son de gran interés para estudiar del natural dibujos, puntos clásicos y materiales que caracterizan á cada estilo del encaje.

La Infanta Isabel, protectora del arte y del trabajo femenino, ha visitado la clase-taller, quedando muy complacida de la labor social que realiza la Junta que preside la insigne autora de *Los pazos de Ulloa*. La noble visitante tuvo una acogida cariñosísima, la que se merece por los afanes que demuestra constantemente por cuanto sea adelanto y embellecimiento de España.

MELCHORA HERRERO



CONDESA DE SAN RAFAEL
Protectora del taller de encajes
del Grupo Escolar de Bailén



CONDESA DE PARDO BAZÁN
Presidenta del taller de encajes
del Grupo Escolar de Bailén

S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL
Que ha visitado el taller de encajes instalado en el Grupo Escolar de Bailén
POTS. FRANZEN



PENAGOS

AMOR DE OTOÑO

¡Paisajes de melancolia
que en esta tarde gris y triste
deshoja el viento húmedo!... ¿Existe
una esperanza todavía?

¡Alma otoñal, pobre alma mía!
¿por qué tan pronto envejeciste?
¿Por qué tan pronto, alma, le diste
tu último adiós a la alegría,

desenlazados de tu cuello
los blancos brazos de la amada?...
Aún era negro tu cabello,

y tu voz dulce... Vierte en tanto
que se deshoja la enramada,
las hojas secas de tu llanto!

Ya se ha borrado el espejismo!...
No hay esperanza, no hay remedio...
¡Un imposible, se abre en medio
de nuestro amor, como un abismo!

¡No eres la misma ni yo el mismo

de antes, Amor, cuando al asedio
de la esperanza, nuestro pecho
floreció todo de optimismo!

Ya no hay remedio ni esperanza...
Gritos de angustia el pecho lanza;
mi corazón de pena muero...

¡Ojos, llorad!... Nuestros amores
se deshojarán, como flores,
sobre la tumba de un recuerdo!

Como viniste, te has marchado,
como la imagen de un ensueño...
¿Es verdad, amor, que fui tu dueño
en realidad, ó lo he soñado?

Nunca á mi labio has entregado
tu juvenil labio risueño;
nunca á las manos de mi empeño
tu túnica has desabrochado!...

Al evocarte del olvido,
dentro del pecho entristecido,
ningún recuerdo se despierta...

¡Sólo recuerdo entre la mía,
tu mano inmóvil, blanca y fría,
como la mano de una muerta!

Como una lámpara suspensa
sobre un sepulcro, así ilumina
tu amor mi alma!... ¿Qué divina
paz en su débil luz condensa,

que resucita el alma, y piensa
que surge el alba?—¡Alondra trina!
dice á su sueño, y se encamina,
cortando flores, por la inmensa

selva florida de imposibles...
¡Y otra vez, alma, á los terribles
y hondos silencios funerales,

á hundirse, pálida, en la nada,
mientras la lámpara apagada
yace en las losas sepulcrales.

FRANCISCO VILLAESPESA

DIBUJO DE PENAGOS

CAMARA

ASTURIAS PINTORESCA: LLANES

La Villa de Llanes, antes Puebla de Aguilar, hállase asentada en las márgenes del inquieto Cantábrico que con sus más ricos encajes de espuma, borda y enmarca este pueblo hidalgo y poético.

Parece que Natura se complació en derramar sobre Llanes todas sus peregrinas dotes. De ello dan fé los altos y opalinos picachos del Cuera, que se recortan en escotaduras y salientes sobre el raso de los cielos; los bosques frondosos y los valles floridos, en donde gorjean los pájaros y cantan los labradores; el mar esmeralda que surcan barquillas de albo velamen; las aldehuelas tendidas en las praderías siempre verdes, semejan-do bandadas de palomas posadas á la orilla de un estanque; la belleza de las hembras y la gallardía de los varones.

De sus sentimientos nobles y de su cultura, son ejemplos mudos, pero por eso no menos elocuentes, las escuelas que hasta en los más abruptos pliegues de la montaña están dotadas con todos los adelantos de la moderna pedagogía; los casinos que hacen una firme y tenaz competencia á la taberna; los hospitales higiénicos y amplios, que más bien son Sanatorios lujosos que casas de Caridad; las instituciones de segunda enseñanza, espléndidamente dotadas y las necrópolis y los templos, que el amor á los idos y la fé en la otra vida, levantaron en los pueblos.

Pero estos adelantos, estos bienes fueron hechos con lágrimas de madres, dolores de ausencia y sudor de frentes envejecidas por el trabajo. Son obra de estos llaniscos que marchan casi niños á las Repúblicas americanas y al volver en posesión de una fortuna ganada con el esfuerzo de su cuerpo joven y con la ilusión de su alma firme, la emplean en crear escuelas porque ellos no las tuvieron en su infancia; casinos para recrearse cultamente y demás obras de que está necesitado el rincón que los vió nacer.

A estos emigrantes—despreciados en ocasiones por su falta de refinamiento que, abstraídos en el trabajo, no tuvieron tiempo de adquirir—es á quienes debemos nuestro adelanto. Sin ellos, seríamos como los pastores de hace cincuenta años: sencillos y buenos sí, pero completamente iletrados.

La historia de la Villa de Llanes es como la de otras del oriente de Asturias y occidente de Santander. Después de su fundación estuvieron sometidas á una serie de invasores que unas veces las llenaron de gloria y otras las condujeron á la desolación y á la ruina.

Cruzaron la región los iberos, los celtas, los romanos y los godos que impusieron su civili-

zación y costumbres á los naturales. Hallándose los indígenas en levantamiento contra los invasores, llegó hasta estos accidentados parajes la verdad evangélica, la palabra armoniosa de Cristo que enseñó á llamarse hermanos á los que antes se tildaban de enemigos.

Atravesaron España los moriscos en medio de

llecido con graciosas quintas de recreo.

La capilla de San Roque, moderna en su totalidad, era una hospedería fundada para acoger peregrinos que marchaban cruzando penosamente los solitarios campos de las Asturias bajas de Santillana á cumplir votos y promesas á Covadonga y á beber el agua milagrosa de la *Santina* que lo mismo cura los males físicos que las dolencias morales.

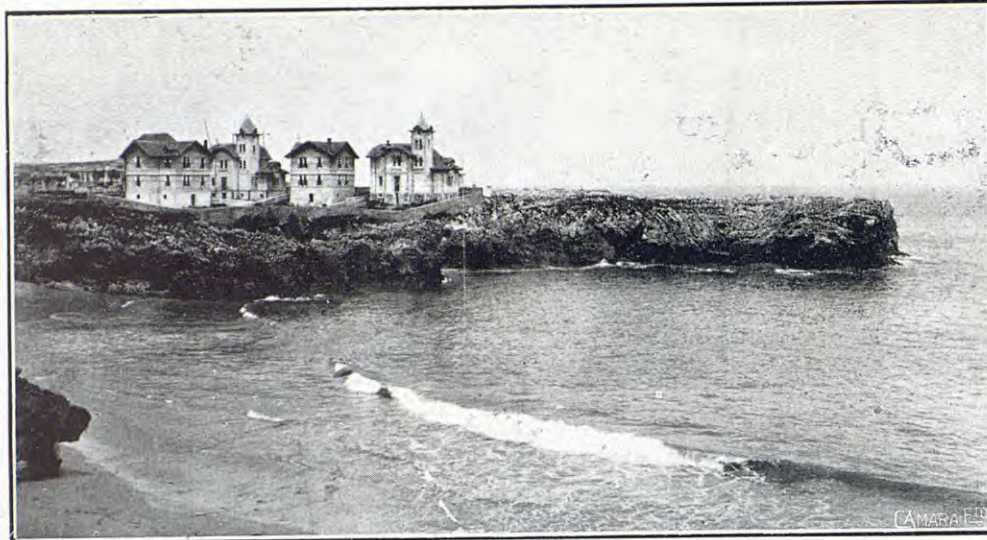
Años después, partidos políticos y disensiones familiares entre los patronos de ambas capillas, dieron origen á los célebres *bandos* de San Roque y la Magdalena tan conocidos en la mayor parte del Norte de España.

Celebraban estos sus respectivas fiestas alrededor de los días 22 de julio y 16 de agosto, esforzándose cada *bando* en festejar á su Santo patrón lo mejor posible, no por amor á él, sino por el deseo de deslumbrarse sanroquinos y magdalenos con dianas, retretas, iluminaciones, gallardetes y gaitas, que en profusión derrochaban aquellos días.

Los matrimonios formados por varón y hembra de partidos diferentes, se separaban temporalmente; los novios, reñían; entre los amigos, la rivalidad sembraba la discordia y ni los sanroquinos durante los festejos de julio, ni los magdalenos los días de San Roque, salían de sus casas porque los peregrinos y romeros que desde fuera venían, no se admiraran de la multitud que á la fiesta concurría.

En los comienzos del siglo xiv creció mucho la localidad y la capilla de la Magdalena fué incapaz de contener tantos feligreses. Entonces los llaniscos levantaron la nueva iglesia parroquial que fué terminada á fines del mencionado siglo. Llegó á nosotros bien conservada, á pesar de las vicisitudes porque atravesó la noble Villa en los siglos de las armaduras de hierro y de los corazones de roca.

Es de estilo gótico degenerado; tiene tres naves, hallándose en la del norte la capilla de la



Chalets del aristocrático barrio de veraneantes, en la playa de Llanes



La estatua de Posada Herrera en Llanes, su país natal

continuadas victorias y mientras los más débiles vecinos de Aguilar se quedaban apacentando el ganado y cultivando la vid en las márgenes del Carrocedo, los demás, acompañados de sus mujeres á la usanza goda, corrieron á las montañas del Auseva á pelear por la fé y por la patria.

Y Pelayo, el joven Duque de Cantabria que enarbó por bandera rústica cruz de roble, supo llevar tras de sí á la lucha y á la victoria á un



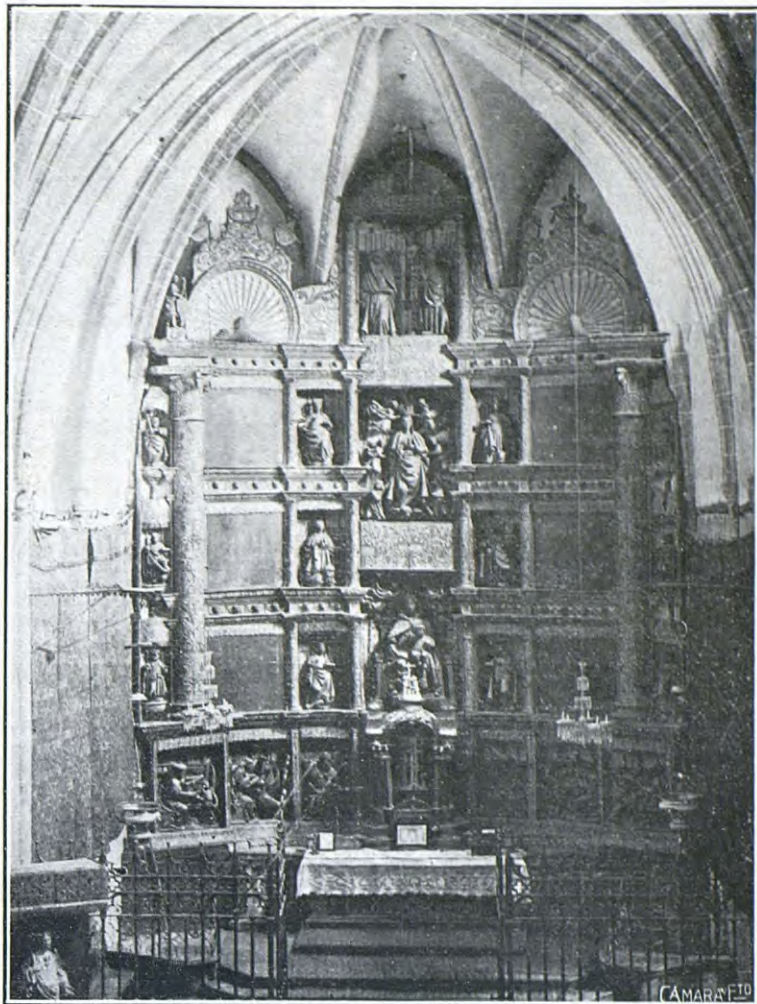
Iglesia de los Dolores, en Barro, concejo de Llanes



Un molino de aldea, en término de Llanes



Fórtico de la iglesia parroquial de Llanes, perteneciente al tercer periodo del Renacimiento



Altar mayor de la iglesia parroquial de Llanes, de estilo alemán, con tallas del siglo XIV

Trinidad construida á mediados del siglo xv por Juan Patiense, de Llanes, Rico-home y contador de Enrique iv. Bajo las blasonadas losas del pavimento descansan los restos del fundador, de su padre Boyso Suárez de Aller, de su abuelo Alonso Pérez, el *Bono* y de su esposa doña Mayor de Nava, cuyo patronato pertenece en la actualidad á los Condes de la Vega del Sella.

En esta Villa y rodeado en parte por el lindo jardín de Posada Herrera—en cuyo centro se halla la estatua de este esclarecido hijo del pueblo—se levanta el Colegio de la Encarnación, de segunda enseñanza, cuyo claustro de profesores está formado por frailes de la orden agustiniana. Fué dotado espléndidamente por el fenecido llanisco D. Nemesio Sobrino, quien dejó una subvención anual destinada á su sostenimiento y algunas becas para estudiantes pobres.

Su fundación se debe á doña María Peláez Posada, natural de Villalón, pero descendiente de llaniscos (en el claustro María de Santo Tomé) y lo ocuparon religiosas agustinas, procedentes de Valladolid, en 1662, hasta que se destinó á Colegio de segunda enseñanza.

Al otro extremo de la Villa y muy cerca del mar está la capilla de Santa Ana, perteneciente al antiguo é importante *Gremio de Mareantes*, cuya entidad ofreció á Felipe II cuatro galeras armadas y tripuladas para formar parte de la Armada Invencible. La arquitectura de este templo es muy primitiva y además varia; parece que fué hecha en épocas distintas. Adosado á la Capilla se halla el local que era *Gremio de Mareantes*, hoy propiedad de la sociedad obrera de socorros mutuos «El Porvenir». Asegúrase que esta parte del edificio tiene algunas vigas que son osamenta de ballena, de las muchas que los intrépidos llaniscos pescaban en los mares rígidos del Norte y en las cálidas costas del Mediodía.

Cuenta una querida y popular leyenda del pueblo que allá por el siglo xv, existía una imagen

de María colocada en una urna formada á la orilla del mar. Al pasar ante ella, magnates y plebeyos rendíanla homenaje de pleitesía, pero una encumbrada y altiva dama, celosa por esto de la Madre de Dios, la arrojó una noche al mar, cuyas ondas, abriéndose concéntricas á la imagen, recogieron, reverentes, su cuerpo once mil veces virgen.

Arrepentida la ilustre señora de su impiedad, mandó construir una capilla en el mismo sitio en que estaba la urna, pero una noche y por sortilegio desconocido, se trasladaron los cimientos al alto campo en donde actualmente se halla.

A la vez, los marinos que tripulaban una chalupa pesquera, hallaron en el medio del mar una paloma que volaba sobre flotante paquete y que exclamaba: ¡guía! ¡marinero, guía! ¡guía!, y abriendo la caja, que lograron apresar, vieron con asombro á la virgen, cuya desaparición habían juzgado como una milagrosa ascensión á los cielos.

Sobre la Villa y semejando que contempla el delicioso panorama que á sus piés se extiende, está la blanca capilla con sus torres de almenas, á donde van á rezar las madres desconsoladas que tienen á sus hijos en América luchando en las lides del comercio y de la industria.

El lujo fué siempre la obsesión de nuestras mujeres, y, aunque aseguran los antiguos que aumenta de año en año, parece que no. En el 1661 se solicitó reforma del tocado de las damas, porque su costo era excesivo y se ordenó las dimensiones que había de tener.

Corrieron los años y con ellos corrió también el afán á lo grande y á lo suntuoso. Los templos, los palacios, las quintas de recreo y cuanto constituye el espíritu del pueblo, es hidalgo y altivo. De su pasada grandeza nos hablan los palacios en ruinas que tapizan la yedra y la madre selva y cuyos ventanales—que dejan ver en sus huecos trozos de cielo azul—son festoneados por los aletres en toda su gama de colores.

Hasta los trajes típicos del país son ricos y elegantes. Las sayas de cachemir rojo con franjas de terciopelo, el dengue de panilla con abalorios; el delantal de raso con pasamanería; el justillo de damasco; el pañuelo de seda floreada; los zapatos de charol y las medias de seda hacen á la llanisca, cuando baila *el pericote*, la *giraldilla* ó la *danza prima*, hermosa aunque carezca de belleza.

El lujoso Casino, las asfaltadas calles, las aguas puras, el alumbrado profuso y el comercio floreciente, convierte á Llanes en un delicioso punto de verano.

En fin; entre el Cuera—estribación de los Picos de Europa—y el Cantabrico, está el caserío, que es la patria feliz de aquel espejo de caballeros y de políticos honrados que se llamó Posada Herrera, ante cuyo recuerdo se inclina el espíritu de todos los llaniscos.

MARIA LUISA CASTELLANOS
Llanes (Asturias), 1916.



El Ribero y al fondo el barrio de Pescadores POTS. APAU DE RIBERA

NIEGAN, LLORAN Y ESPERAN...

Va anocheciendo, y poco á poco el estudio se convierte en una gruta maravillosa donde las sedas, los terciopelos, el cuero, la cerámica y las maderas áureas, semejan tesoros robados á un príncipe oriental. En medio de la habitación se halla una estufa ventruda, que ofrece la magnífica granada de sus áscuas. Diríase un fantasma búdhico que se desgarró en un harakiri. El dilatado ventanal enmarca un cielo diamantino, como en una pintura italiana y primitiva. Un lucero en lo alto y una campanica á lo lejos.

Juan Antonio está acabando una silueta muy siglo xx, y las sombras luchan contra el pintor sobre la hoja de papel del Japón en que triunfa un croquis delicioso. El periodista Fernando Almazán, se ha reclinado en los almohadones de una colchoneta que tapizaron á la turca, saborea su pipa, lanza voluptuosamente las bocanadas de humo. No nos olvidemos de *Nemesio*. Este *Nemesio* es un minúsculo tíuf que ha nacido en el Brasil, y que su amo ha paseado por Londres y París. Actualmente procura Juan Antonio aclimatarlo á las crudezas de la villa y corte. Vive medio escondido en un bolso de ante, no asoma más que la cabecita, del tamaño de una nuez, con sus ojuelos como dos perlas de azabache. Junto á la alimaña con su blanda envoltura, una bandeja antigua, y allí una montañuela de pétalos de rosas y acacias, confitados, acaramelados. *Nemesio* y las amigas de Juan Antonio prefieren las flores rebozadas de compota, á las pastillas de chocolate y los bombones.

Flota en el taller un aroma en el cual se funden el del tabaco inglés, y la paleta del óleo, y algo así como el eco de resinas quemadas otras tardes, y la estela del paso de mujeres de lujo.

JUAN ANTONIO.—Siempre ocurre lo mismo... Está uno más inspirado cuando ya no hay luz... ¿Recuerdas aquel tremendo apuro de Benvenuto Cellini, que se encontró sin la plata necesaria en el momento de verter en el molde toda la que había fundido? Yo me explico su rabia... es la que yo siento ahora...

FERNANDO.—Lo que te pasa es que necesitáis calentaros, vosotros los artistas, como los instrumentos de metal... que suenan bien en la última parte del concierto... y como los cómicos malos, que no entran en el papel hasta el acto tercero...

J. ANT.—Comprenderás que no es nada fácil ponerse en la archicandorosa situación adecuada á mi dibujo de hoy...

FER.—¡Una niña sentimental deshojando una margarita! ¡No será por la novedad de la escena!

J. ANT.—Te arrastran las alas, chico, y perdona... Donde tú no ves más que una cursilería, sí, hablemos claro, una cursilería, y una vulgaridad he querido yo representar algo enorme...

FER.—Oyes, *Nemesio*, atiende á tu amo, el gran filósofo, el Bergson de la acuarela.

Nemesio desdeña la advertencia del *chroniqueur*, y la sabiduría de su tirano. Ha sacado un brazo para coger uno de los pétalos azucarados, y se constipó al instante. Y estornuda.

J. ANT.—Mi cartón es una alegoría de la duda.

FER.—¿La duda encarna en una mujer? Eso me parece un absurdo.

J. ANT.—Porque tú lo dices...

FER.—Y un tal Shakespeare... No duda Lady Macbet, sino el desdichado de su marido...

J. ANT.—Ante la ambición.

FER.—Ante el amor... recuerda las incautas novias de Don Juan... Las novias alondras...

J. ANT.—¿De modo, que tú crees que el eterno femenino desconoce la duda?

FER.—Muy al contrario... Es su aliada... La emplean contra nosotros... Saben que las tenemos en concepto de esfinges, y cultivan el misterio... Y la coquetería ¿qué es sino espuela de la vacilación en nuestro pecho?

J. ANT.—Entonces, ¿por qué se han deshojado tantos millones de margaritas en el mundo?

FER.—Por lo mismo que se piden consejos que no han de seguir... ¿Quieres una prueba definitiva de lo que te digo? Vamos á ver... Repasa en tu memoria todos tus idilios...

J. ANT.—Responda por mí el divino Rubens: «Plural ha sido la historia de mi corazón.»

FER.—¿Y te ha engañado alguna de tus novias? Si te da vergüenza confesarlo se lo preguntaré á *Nemesio*...

J. ANT.—Casi todas...

FER.—¿Te lo confesaron?

J. ANT.—¡Ninguna!

FER.—Como que la mujer no duda nunca en



la conveniencia de que nosotros no dejemos de dudar... Cuentan con la ceguera de nuestro amor propio, el vanidoso, y con la nostalgia de la belleza ó la sensualidad... Pero si no conjugan el verbo ese al que has brindado inútilmente tus margaritas, en cambio coinciden rubias y morenas, y las teñidas, en la sañuda conjugación de tres verbos que los dioses negaron á sus semejantes los hombres...

J. ANT.—Y los tres verbos son...

FER.—¡Negar, llorar y esperar!

J. ANT.—Explícate...

FER.—Pues... nada... un día sorprendes la traición de tu angel con falda corta... Si tu recurres á las argucias diplomáticas, ella finge no entender tus indirectas... Si truena Otelo, considérase ofendida, y niega, niega, niega... Tú la abandonas, y ella se caracteriza de víctima, y llora, llora, llora... Paseando por la calle crees reconocer su nuca en la más bonita que la casualidad aproxima á tus pupilas, releendo sus cartas, descubres matices de ternura no avalorados hasta entonces... Cuando te miras al espejo, te asombras de la crueldad de tu expresión, te consideras el más terrible de los verdugos...

J. ANT.—Sí, siempre termina uno por pedir perdón de... ¿de qué?... de que nos hayan agraviado...

FER.—Y hay más... Llegamos á no creer á nuestros propios ojos, que vieron la traición... Y es que nosotros dudábamos...

J. ANT.—Tienes razón... Y ella no dudaba, y espera, espera, espera... ¡Chico, eres un sabio! ¿Quién te enseñó tanta ciencia?

FER.—Un chino octogenario, pensador y gran fumador de opio... Evocan su recuerdo estas fastuosidades de tu estudio, y de la hora...

J. ANT.—¿Y las mujeres han aprendido también en el remoto oriente?

FER.—Una mujer que no sabe nada, lo sabe todo... El griego comienza á declarar su ignorancia, cuando duda de sus conocimientos... ¡Y las mujeres no dudan jamás!

Ya ha cerrado la noche. El ventanal se llenó de estrellas. Enmudeció la lejana esquila. Después de un silencio que animan los chupetazos de Fernando en su pipa, y los rotos aullidos chiquitines de *Nemesio*, se levanta Juan Antonio del pupitre, y acude á teclear un armonium que ocultaban unos brocados. Improvisa una tonada con ecos de Schuman, va tocando á ciegas, como caminamos en amor.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE LOYGORRI



LA POESÍA DE LA GUERRA

ASÍ ES LA VIDA

Truena el cañón; en lucha sangüinaria
como espigas, inerte el hombre rueda
y á la luz de una luna lapidaria
todo en silencio legendario queda.

En la penumbra del hogar vacío
la vieja al viejo cuenta sus dolores
y amortiguado el odio, el caserío
lento se va poblando de rumores.

Ya el campanario roto da la hora,
vuelve el arado á socavar la tierra
que el sol de Mayo paternal decora.

Vendrán las noches largas; con sentida
voz hablará el recuerdo de la guerra,
vendrá el olvido luego. ¡Así es la vida!

EL DESPERTAR DE LA TRINCHERA

Unos soldados hablan en voz muy queda;
se desperezan otros que dormitaban;
otros miran al cielo velado; tiemblan
de frío y se arrebujan luego en sus mantas.

Ladra al silencio un perro como alma en pena
y agorero á lo lejos un gallo canta;
van corriendo las nubes y el sol empieza
á sonrojar los lindes de la distancia.

Un vapor ténue humea en la llanura
y en la bruma de un valle duerme un villorrio.
Lívidos los soldados, las caras sucias,

del alba á los cenizos, tristes reflejos,
sorprendidos se miran unos á otros:
¡No saben si están vivos ó si están muertos!

DESPUÉS DE LA BATALLA

La batalla ha cesado; la noche hospitalaria
al través de la lluvia isócrona se alarga,
sobre la inmensa mancha de tierra visionaria
que el lúnebre silencio con su ritmo prolonga.

La luna va saliendo y en la ruta desierta
traza sobre los charcos trémulos arabescos
y como estátuas rotas, en un jardín, abierta
la boca, vense mútilos cadáveres grotescos.

Los árboles adquieren siluetas inquietantes;
el camino se alarga, reluciente, aguanoso,
con reflejos sutiles; lucecillas distantes,

y á lo lejos—muy lejos—resuena todavía,
escondido en el bosque el cañón fragoroso,
—estertor del combate en su horrenda agonía—.

EMILIO BOBADILLA
(Fray Candil)

DIBUJO DE BARTOLOZZI

DIVAGACIONES FÁCILES

TREINTA AÑOS

TODAS las mañanas, con su voz queda y persuasiva, el calendario nos dice lo mismo:— «Aprovecha el día de hoy. ¡Mira que te vas haciendo viejo! No olvides que, mientras yo, lleno de salud, adelgazo, tú avanzas hacia el año sin primavera de la Kola granulada, del humor acedo y del bisoñé...»

¡Ay! Empavorecidos, corremos hacia el espejo, en busca de una mentirosa pero dulce confortación.

El espejo está dotado asimismo de voz—bien lo sabéis,—como el calendario. Y el espejo nos dice que las patas de gallo se están clavando en nuestro rostro.

Recurrimos á la cédula personal, y la voz emponzoñada de la cédula nos grita—con la aspereza jactanciosa de los papeles inútiles—que estamos «casados»...

En un momento, almanaque, espejo y cédula, confabulados, nos han entristecido. Eran, antaño, tres excelentes cómplices nuestros. Hoy el alma los vé envueltos en el rojo vestido del verdugo. No cabe duda. Somos viejos. Y cada día se agravará nuestra dolencia. ¡Juventud, amor! ¡Alas que nos elevábais varios metros sobre el nivel medio de la acera, de la preocupación y de la sensatez, alas benditas! ¿Qué vá á quedar de toda nuestra vida cuando la juventud nos abandone y el amor nos dé por inútiles? Una intransigencia feroz y un frasco de bicarbonato químicamente puro...

□□□

Varias comezónes han abrasado los días luminosos de nuestra adolescencia.

Varias creencias las han aquietado también.

Deseábamos ser mayores de edad.

Queríamos tener una esposa.

Ambicionábamos un destino fijo.

Y siempre temimos que nunca llegaríamos á cumplir veintitrés años, que jamás encontraríamos la compañera apetecida, y que ningún Ministro, ningún Tribunal de oposiciones nos concedería la amable credencial!

Sobre este trípode, nuestra juventud amontonaba todas las rosas del porvenir.

¿Qué más, fundamentalmente, podíamos apetecer? Papá nos dejaba fumar en su presencia y el cigarro ya no nos mareaba; conocíamos el color de la corbata de moda; habíamos penetrado fanfarronamente en los camarines, en las cavernas y en los templos de Venus; guardábamos un manojito de versos—consecuencia del primer desengaño amoroso, y conservábamos un paquete de reproches de otra mujer—testimonio de nuestra primera villanía donjuanesca.

Además, teníamos un amigo íntimo; además, hablábamos con desdén de los viejos; además éramos fuertes, audaces, trasnochadores y liberales; además solíamos gastar un duro, cuando le poseíamos.

¡Días aquellos, y noches únicas que duraban veinticuatro horas! El optimismo soleaba nuestra alcoba y nuestro gabinete de trabajo. ¡Tener deudas, muchas deudas, qué hermosura! Son el perfume de la juventud, ha dicho Benavente. Cascabel era nuestro corazón. Piropo é himno, nuestra parla. Mina de risa nuestro espíritu. Y por nuestra frente, tersa, sin arrugas, como agua de lago, iba y venía prócer el cisne de la esperanza.

□□□

Hoy tenemos treinta años cumplidos, mujer legítima, y un sueldo que nos cuidamos, gravemente, de cobrar á mediados de mes.

Antes de los treinta años se goza presintiendo muchas cosas; después, agonizamos descubriéndolas. Lanzar un *¡Eureka!* es más triste que enjaezar una cabalgadura. Lo primero que debió divisar el que pisó antes que nadie el Polo, fué la llama obscura y simbólica de un ciprés.

Espronceda, afeitándose una mañana, renegó de los treinta años. Ladera de la vida, vertiente que baja, sombra que llega... El oro se transmuta en plata; la letra excelsa de la canción, se apaga. «¡Juventud, divino tesoro!»

Ya nos levantamos por las mañanas, de mal humor. Tenemos derecho perfectísimo á quejarnos del estómago; para algo somos jefes de casa.

Y se inicia la etapa á que acabamos de referirnos: la de los descubrimientos. Descubrimos que tenemos hígado. Comenzamos á ser importantes. De tal suceso certificaría indubitavelmente la cuenta del médico, si la melodiosa voz



CÁMARAFILIO

HORAS ÍNTIMAS

«¿Y PENSAR QUE ALGÚN DÍA!...»

¡Y pensar que algún día podremos separarnos, dejando que este amor naufrague en el olvido!... ¡Y pensar que algún día podremos encontrarnos como dos que jamás se hubiesen conocido!...

¡Pensar que tantas horas de fiebre y de emoción, tantos anhelos, tantos felices juaguetos que avivan el incendio de esta loca pasión serán, tal vez mañana, cenizas á los vientos!...

Cenizas á los vientos de implacables hastíos que nuestra santa hoguera de amor apagarán, y en nuestros corazones, dos altares vacíos, otras nuevas hogueras de amor se encenderán...

□

«MIENTRAS MIS MANOS...»

—Una voz misteriosa canta á mi corazón en estas horas íntimas de gris melancolía, mientras mis manos trémulas de fiebre y emoción se pierden en tu espesa cabellera sombría.

—Como en la noche clara los pobres caminantes se pierden en la selva, de obscuridades llena. Naufragos en tus negros cabellos ondulantes son mis dedos, cautivos en tu red de sirena.

—Son ciegos y son mudos mis dedos; pero sienten; tus pensamientos huyen con temor, á su paso, porque saben que buscan en tu frente un secreto.

—¡Oh, si pudieran ellos decir lo que presienten escondido en el fondo de ese cofre de raso!... ¡No pueden revelarlo los versos de un soneto!...

Goy DE SILVA

de nuestra mujer no resonara con frecuencia en casa, previniendo á la sirviente:—«Nicanora, que estos cuellos no están bien planchados, y ya sabe usted el genio que tiene el señorito»...— Descubrimos, harto ostensible en nuestra cabellera, una cana, una fermentada cana, una ofensora cana, una ignominiosa, inexorable y terrible cana. Y nuestra mujer, creyendo consolarnos con la más amielada de las piedades, nos asegura que, ella también, descubrió otro hilillo plateado en sus adoradas crenchas, refugio de nuestros besos. Y el señor peluquero, con inconsciente crueldad de sayón, nos recomienda, entre una corrida de toros y una censura al Gobierno, cierto tinte maravilloso que no quema ni es delicuescente.

Descubrimos que la leche aventaja, para nuestra salud, á la manzanilla ó á la cerveza. Descubrimos que nuestros amigos van amando, también, la leche. Descubrimos que unas villanas sopas de ajo y un intrascendente par de huevos pasados por agua suelen constituir una cena frugal, de incomparable eficacia. Y si subimos muchos escalones, jadeamos. Y si queremos examinar á la distancia más breve—como examinan los hombres bien nacidos—un seno de mujer, requerimos los lentes. Y nos vamos empastando las muelas. Y miramos con curiosidad á los novios que hablan á sus amadas desde la acera. Y, en suma, nos derrumbamos, nos emboscamos, nos metodizamos, nos aburguesamos. Algo precioso, se aleja, irremisiblemente, de nuestra vida. Aquella armadura de conquistadores, que tanto cegaba, trocándose está en sayal. El gusano vá siendo mayor que la rosa.

□□□

¡Tan enamorados como fuimos de lo nuevo, de lo original, de lo resuelto, de lo arbitrario!

Dentro de poco ¡oh, maldito Khronos! seremos lo mismo que ayer era nuestro padre. Carraspearemos como él, y nuestros cuentos picantillos de juventud perecerán de pronto, en plena claridad, cortados por un ataque de asma. Sabremos mejor dónde están los balnearios que los *music-halls*. Estamos convencidos de que usaremos la raya en el pantalón, aunque nuestros hijos no la lleven. Aseguraremos á nuestras hijas que todos los hombres son unos granujas. Coleccionaremos esquelas de defunción. Iremos á misa todos los domingos. Tendremos barba. El retrato que nos hicimos el día de la boda, adquirirá amarilleces de cornucopia ó de rosa de té. No nos gustará viajar más que en primera. Diremos que los pintores, los poetas y los cantantes de ayer eran mejores que los de hoy. Comenzaremos siempre los relatos diciendo con suficiencia:—«En mi tiempo»...—Y arremeteremos contra la gente moza impía, iconoclasta é impaciente, que no conoce la augusta serenidad de la madurez, y halla ridículas nuestras modas, anticuados nuestros novelistas, seniles nuestros entusiasmos y feas nuestras amigas y novias...

□□□

Cuentan que en cierta ocasión, alguien reprochaba á un mozo su juventud, que le impedía lograr determinado cargo.

—¡Ah!—repuso, risueño, el solicitante.—Ese es un defecto del que me corregiré cada día.

Pero el defecto pasa á ser ocaso. La voluntad—gallardía de pino—se dobla en rama colgante de sauce. Ser viejo es no ser nada más que viejo. Nadie nos temerá. ¡Señor del cielo!... En cuanto la gente dá el tratamiento de *don* á los que no ocupan un puesto importante en la vida, ese anciano, por inofensivo, ha muerto socialmente. Llamar Juanito á un semejante es, aun zahiriéndole, esperar de él grandes cosas; decir «don Juan» equivale, si carece de influencias, á eliminarle.

Juanito puede alcanzar una cartera, una mitra, un fagín. «Don Juan», no tiene nada más que gastralgia, y, si acaso, una hija muy bonita.

«¡Malditos treinta años», que engendran una crisis turbulenta y decisiva! Cumbre la llaman. Hay que descender...

□□□

¡Ah! Pero... ¿no sabéis? Todavía el otoño es nuestro. En otoño ¡qué caramba! la vida dá su zumo generoso. La hora de embriagarse y de embriagar, avanza radiante. Pronto: ¡una copa, unas cuartillas, un amor, una fé!

E. RAMÍREZ ANGEL



Grupo de vecinos tomando el sol en un día espléndido del invierno madrileño

FOT. SALAZAR

TOMANDO EL SOL

EN Enero, como nunca benigno, el buen pueblo de Madrid se ha hartado de tomar el sol. Nada tan pintoresco y educativo como la contemplación de los descampados madrileños en una luminosa tarde invernal. Por las Vistillas, por la inmensa plaza de España, por el divino mirador de Rosales, por los yermos del suburbio, he ahí que la muchedumbre abigarrada bulle y se regodea bajo la caricia voluptuosa, fraternal, espléndida, del pródigo sol.

Una nota de color, que á las almas insulsas y pedantes hará sonreír con desprecio... Pero yo veo en ese espectáculo la parte ideal y tierna, el sentido profundo y religioso de un acto que lleva en sí mismo la substancia de toda una filosofía.

Esas gentes que toman el sol en grupos nutridos, diríase que están celebrando un culto. Su actitud mística invita al respeto. Dejemos que tomen el sol... Perdonemos su ociosidad; disculpemos que se sienten, que se recuesten, que se tumben á lo largo. ¿Qué fin nos propone la vida? ¿Es acaso la conquista de la felicidad? Esas gentes que toman el sol logran su fin; son felices. Son felices de la manera más pura y platónica; su voluptuosidad es de esencia limpia y religiosa. No hacen daño á nadie... A nadie, más que á ellos mismos.

Pero ellos no protestan del daño que se infleren. Han comprado su felicidad á precio alto. Una buena tarde de sol en las Vistillas ó en la plaza de España equivale á medio día de jornal; la obra, el taller, la fábrica, todos pueden esperar; la cuenta del sábado estará mermada en dos ó tres pesetas; habrá menos vino para beber, un trozo de pan de menos; ¡pero en el instante de tomar el sol, la carne y el espíritu, la piel recalentada y la imaginación, en qué suerte de deliquio transcendental se abisman!...

Respetemos, pues, la ley universal de las compensaciones. Un hombre de Berlín y Londres podrá tener magníficas mercedes civilizadas; tendrá hermosas calles, cómodos pavimentos, higiénicas habitaciones, perfecta y organizada

sociabilidad. Pero en Berlín, en Londres y en Bruselas, en París y en Nueva York, el cielo invernal carece de ternura; aquel es un cielo hostil, y es aquel un sol tacaño. Mientras que el madrileño halla en el espacio toda una generosa dádiva. Dejemos que tome el sol. Y respetemos esa oculta y sagrada ley de las compensaciones que dá á cada cual lo que merece y no deja á nadie descontento, si no es á los estultos y los atrabiliarios.

En unas partes el cielo es un azote; en otras partes es una caricia. Las razas de los climas fríos sienten el aguijón de la necesidad; necesitan defenderse contra el frío, el tedio y la desatención, y recurren al trabajo como á un consuelo y una liberación. Trabajar allí arriba, bajo un cielo de plomo, resulta agradable.

En tanto que aquí... Aquí el trabajo es una inmensa virtud, es un sacrificio espantoso. Muchas veces, al mediodía, dirigiéndome á casa, he contemplado los albañiles que fuman su cigarrillo y charlan de *sobremesa*. Un sol glorioso los envuelve, los calienta, los seduce; un sol radiante hace en su carne el oficio de diablo tentador. Y suelo mirar á esos albañiles con respeto, porque al sonar la una volverán á empuñar sus herramientas, cuando la libertad y el ocio les llamaban con tan poderosas voces... ¡Oh gentes meridionales, que una opinión pedante y estúpida os ha calumniado! ¡Oh gentes morales, en quienes el trabajo es un esfuerzo, una violencia y un sacrificio, y sin embargo trabajáis!

Un meridional desdeña el movimiento en el acto de tomar el sol. Estima que el sol ha de tomarse quieto, inmóvil; recostado á una pared, y todavía mejor sentado; y si la vergüenza no es muy grande, tumbado á lo largo en el suelo.

Viendo, pues, como los meridionales se paran ó se tumban frente al sol, los hombres de los climas fríos hacen mohines de desdén. Y profieren la palabra fundamental: ¡Holgazanes! Pero á los hombres de los climas fríos es necesario replicarles:

¿Qué remedio tenéis vosotros, sino tomar el sol andando? Después de treinta días nublados, una vez se decide el sol á saludaros; vosotros lo veis, entre gritos de júbilo, y abandonáis las casas. Vais por las calles y los paseos, montáis á caballo ó en bicicleta, escaláis los montes, jugáis á los patines, al *criquet* ó al *foot ball*. ¡Ah! ¡Pero no podríais hacer otra cosa! Porque, sencillamente, vuestro sol no calienta. Vuestro sol tiene luz, una luz escasa, y nada más; vuestro sol carece de fuego. Tenéis un sol tacaño. Vuestro sol os obliga al movimiento, y os movéis para no sufrir. Con vuestro sol que no calienta, con ese sol imaginario y capcioso, vuestro *sport* no es una virtud; es una necesidad.

Pero el sol de España calienta siempre. ¡Ved aquí un sol sincero, veraz y noble! Hay ciertas horas del día en que el sol parece mandarnos directamente, personalmente, el soplo de una brasa. Entonces se siente una sensación divina; es el momento del *deliquio*. Entonces no queda más que una decisión: pararse. Nosotros tenemos un verbo que lo dice todo: *estar*...

Gentes de los climas duros, gentes robustas y muy civilizadas: no invoquemos el nombre de la virtud. Hablemos, si queréis, de la necesidad. En nosotros si acaso está la virtud, porque el trabajo para nosotros es un sacrificio y una violentación; vosotros trabajáis por recurso. Por entrar en calor, por escapar al aburrimiento, por no ver el cielo turbio y plomizo, por poder comprar estufas, alfombras, carne, manteca, alcohol; por poder huir de la Naturaleza y enterrarse en los teatros, en las cervecerías, en los clubs.

El menestral madrileño es el virtuoso de veras. Mira la gloria del cielo azul, siente el beso voluptuoso del sol, suspira y exclama: ¡Qué hermosa tarde para tomar el sol en la Moncloa!... Pero domina sus instintos y acude á cumplir con su deber. ¡Este es de veras un ser moral!

José M.^o SALAVERRIA



DEPORTISTAS DE LA NIEVE EN LA SIERRA DEL GUADARRAMA
Dibujo de Espi



Vista panorámica de Segovia

FOT. SOLLMANN

LAS VIEJAS CIUDADES

Las viejas ciudades españolas no tienen un poeta hondo y zahorí, que, como Rodembach, sienta el alma misteriosa y centenaria de nuestras piedras venerables. Bécquer y Zorrilla escribieron la noble poesía romántica de las viejas ciudades, y ya ambos son polvo en el polvo de los siglos. Ahora no hay un poeta que cante el poema de Avila, de Toledo, de Salamanca, de nuestras ciudades museos donde junto a las catedrales y los palacios y las Universidades, se siente el ritmo de la vieja alma española.

¡El poema de las viejas ciudades! ¡La parda Segovia, Avila la yerma y la áurea Salamanca! ¡Alcalá, la jacarera que fué solar de sopistas y de soldados de los tercios, que daban a la vestida villa, como un espíritu picaresco de vihuelas y de amoríos, desde la marfileña Universidad hasta las orillas del Henares. Estudiantes y soldados—aquellos que pasaron sus cuchilladas y sus mostachos por el mundo entero—pícaros buscones é hidalgos trota-calles, han dejado una huella de almas en este vetusto poblacho. Aún vaga Pablillos por estas callejuelas, flaco y con ojeras por razón de las mozas de partido y de la olla del domine Cabra. Y en el paraninfo, entre las nobles sombras sapientes de los doctores, dice malicias y cruza con sus piernas zambas, el prodigioso señor de la Torre de Juan Abad.

Las muertas ciudades tienen una intensa vida espiritual; más vida que la menguada vida real que hoy alentamos. En ellas está, como un viejo aroma, el alma de Hispania, la fuerte, la mística, la aventurera; la de los Fueros, la del Romancero, la de la Conquista de América.

Calles angostas y retorcidas, con humildes hornacinas y cristos ensangrentados, esos cristos terribles con enmarañadas cabelleras humanas, que presidieron los braseros de la Inquisición; humilladeros en las encrucijadas, conventos de tupidas celosías ante los que dijeron serventesios los galanes de monjas; casas infanzonas y

palacios clausurados en cuyos horologios está encantado el tiempo sobre esta quietud monacal, las campanas dicen sus salmos provincianos, sonoros y graves los de la campana mayor: oronda en su amplio miriñaque de bronce; dulce y sentimental la de la esquila familiar que canta los bautizos y la ilusión de los epitalamios. Y las ruas solitarias y las silentes plazoletas por donde cruzan los señores canónigos a la hora de coro, ó bajo el dulce sol de invierno, en las amables solanas, en suave y erudita plática á lo divino. Filosófica parla, que acaso interrumpía el garboso taconear de una villana, ó el perfume mundano de una madama de las que se vinieron como azafatas de Isabel de Valois, que aquellos clérigos tenían su alma en su almarío y los ojos muy despiertos para admirar la mejor obra de Dios, que es una morena de las márgenes del Tormes ó de las orillas mágicas del Guadalquivir morisco.

Con solo tornar los ojos al pasado, tienen los poetas españoles un tesoro de poesía. Y bien está que se cante el pretérito cuando es tan menguado el presente y tan borroso el porvenir. Y las viejas ciudades son el relicario de la Historia.

Y es el espíritu lo que debemos rebuscar en estas piedras viejas que hablan con la elocuencia del mejor libro; el espíritu que es lo eterno y que se puede renovar y modernizar, siendo la misma esencia y resurgir del pantano del presente, con el sueño glorioso de una fuerte nacionalidad.

En España, está próxima una renovación de esta política decadente, que es como una úlcera en la carne viva del pueblo. Los hombres están gastados y los dogmas en bancarrota. Pero el futuro está vivo y luminoso ante nuestros ojos.

En el rancio espíritu de la raza está la esencia de lo porvenir. El arte y la ciencia son los primeros mendigos españoles y esta vergüenza sería muy fácil evitarla. Vuelvan los ojos nuestros gobernadores, á aquellas Cortes de D. Juan

segundo y del Cuarto de los Felipes y aprenderán á amar las letras y á comprender la importancia que la educación estética tiene en el espíritu de un pueblo.

Mire el pueblo la epopeya de las Comunidades y tome el hierro y la abnegación para aprender á amar y á morir por la justicia y por la libertad del terruño. Y recuerden también los gobernadores que D. Alvaro de Luna y el Marqués de Siete Iglesias subieron al cadalso por el abuso del poder y la expoliación de los humildes.

En cada piedra vieja hay una ejemplaridad y renovando las viejas esencias podría advenir una España fuerte.

El momento actual es el fracaso, el hundimiento del alma española. Esta pobre alma grande, visionaria y heroica, ha sido apuñalada por los bajos fanatismos y por la ramplona politiquería personal. Falta de ideal, de sacrificio de fe en la vida y en la tierra. En la patria de Don Quijote, se llega á las más vergonzosas transigencias y se llama despectivamente *quijotada* á todo impulso noble y romántico. Y así nos asfixiamos por ausencia de espíritu quijotesco.

¡Avila, tierra de místicos, cuya tierra está unida de eternidad, por la sandalia andariega de Teresa, la celeste doctora! ¡Toledo, la ciudad-maravilla que vivió el poema glorioso de las Comunidades, en unión de la parda Segovia, para ejemplo de pueblos con dignidad de pueblo! ¡Soria, la templaria; Salamanca, la docta, y la juvenil Alcalá, la de los sopistas y los soldados que pisaron como reyes en todas las tierras! Tal vez de la joven generación surja vuestro poeta, que será el poeta de la raza, el que recoja no sólo las leyendas y los lances pintorescos, sino el que sienta en su alma el ritmo del alma española, que es una esencia perenne, á pesar de todas las bellacadas, de todas las egolatrias y todos los fanatismos bajos de nuestra decadencia.

E. CARRÉRE

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



FACHADA DEL PALACIO ARZOBISPAL DE SEVILLA

FOT. PÉREZ ROMERO

En uno de los sitios más interesantes de Sevilla se levanta el palacio arzobispal que da frente a la fachada Este de la Basílica. La puerta principal responde al estilo plateresco y consta de ocho columnas pareadas, cuatro de ellas sobre el cornisamento componiendo un estimable conjunto ornamental. Más importante que la portada es la gran escalera, riquísima obra hecha en el siglo XVII por Fr. Manuel Ramos y suntuosamente decorada

con las más célebres pinturas del famoso Espinar. Grave, severo, pesado, macizo, el palacio arzobispal sevillano es singularmente evocador. Carece de las azoteas que rematan con derroche de luz y risa de flores las casas de la histórica Hispalis y en sus rojos tejados angulares, que lo mismo parecen cubrir claustros de abadías que corredores de fortalezas, anidan los vencejos y reposan de su raudo volar las golondrinas. La amplitud de su patio, donde verdea el

musgo de una constante primavera, es refugio de la quietud y amparo del silencio apenas turbados por un fervoroso musitar de oraciones. Y allá a la tarde, cuando el crepúsculo llega como avanzada de las sombras, bajo la suntuosa portada señorial aparece la negra silueta del viejo sacerdote provinciano, como un símbolo místico y sentimental y se pierde en el laberinto de las calles morunas mientras las campanas lloran por las ánimas que penan...

DE LA ESPAÑA TRADICIONAL



Interior de una de las famosas ermitas de Córdoba.—Ermitaño en oración en la poética hora del Angelus

FOT. SOLLMANN

DESDE PARÍS

"La poupée d'amour"

Es la muñeca de amor el juguete más bello y el más caro, entre todos los juguetes parisienses...

Fué París cuna y patria del arte de juguetería. Nacieron en París los polichinelas más graciosos, las más expresivas marionetas, los más bravos y apuestos soldados de plomo.

Más tarde, Londres y New-York poblaron el mundo—el pequeño mundo de los bazares—creando millones y millones de seres inquietos, con alma de resorte y vida de autómatas: el bombero que á toda prisa sube una escalera, siempre la misma escalera, para siempre apagar el mismo imaginario fuego; la sirvienta que sufre un ataque de nervios, siempre el mismo ataque, y esparce por el suelo un montón de platos, que siempre son los mismos inrompibles platos; el barbero que afeita á un cliente, que, por ser siempre el mismo y no llegar jamás á ver su cara limpia, puede considerarse como modelo de paciencia y de resignación ejemplares... Y á este tenor, en caricatura mecánica, toda la grotesca humanidad...

Por no ser menos que París, y que Londres, y que New-York, Nuremberg y Berlín, y la Selva Negra, diéronse á tallar pastores y pastoras y rebaños para estos pastores y granjas para estos rebaños... De lo profundo de las «Santas Rusias», nos llegaron por otra parte innumerables *moujiks*, de blanca madera esculpida y pirogravada, y de la ensoñadora lejanía del Extremo Oriente vinieron hacia nuestras brumas de Occidente las pequeñas *mousmés*, de translúcida y esmaltada porcelana, bellas como flores y frágiles como ilusiones...

Así, en la evolución del tiempo y del progreso, el juguete europeo dejó de ser parisiense, trocado en cosmopolita...

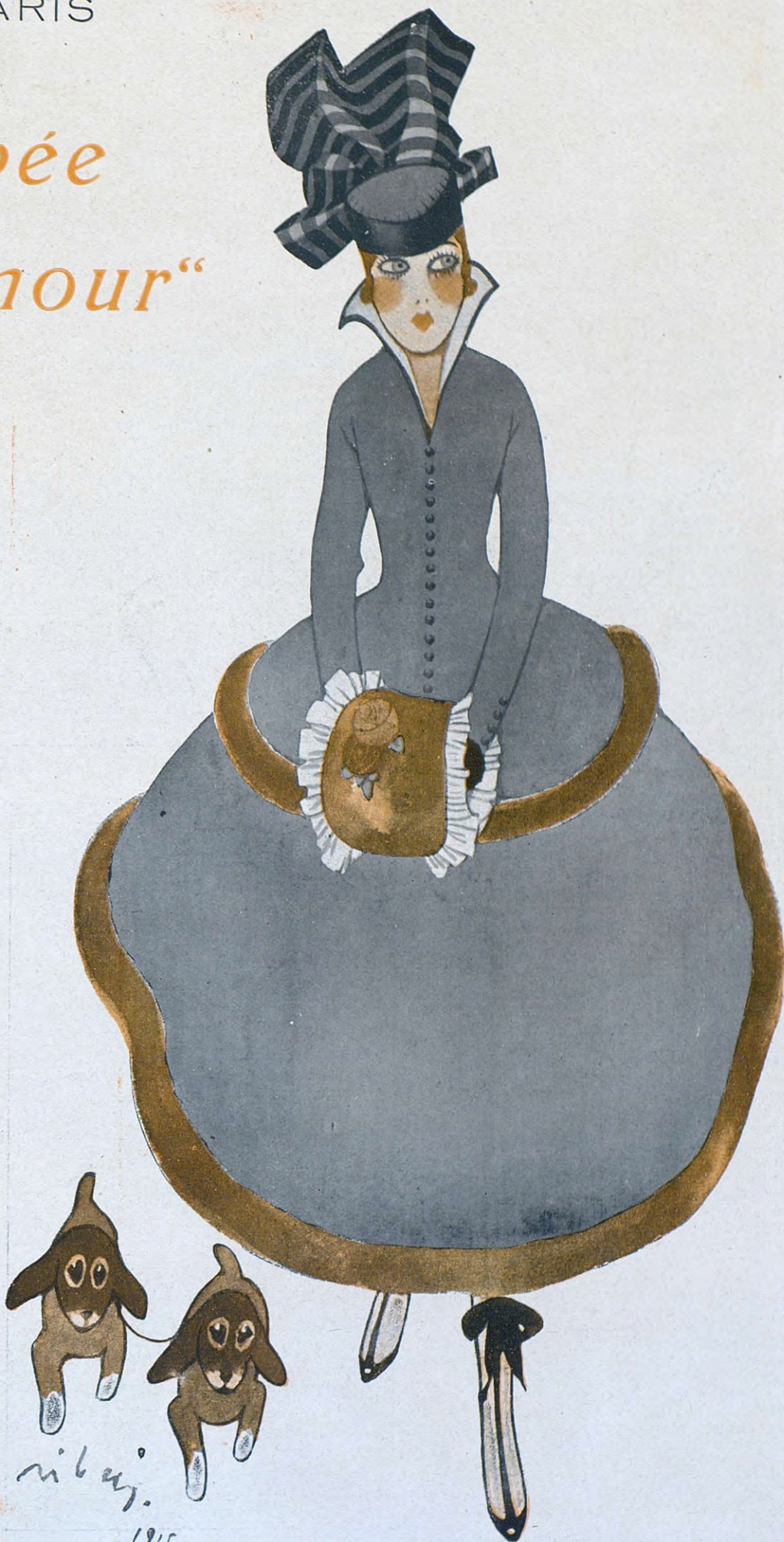
Mas entre todos los juguetes, el que lo es por excelencia, la muñeca humana, sigue siendo y será siempre parisiense, única y exclusivamente parisiense.

Nacida en los tranquilos arrabales de la *banlieue*; pulida tras de los mostradores de la Rue de la Paix; ostentada, como objeto de lujo, en la Costa Azul; envilecida en Montmartre, y deportada al cabo, para morir, deshecha, en los suburbios de Buenos Aires, de San Francisco ó del Cairo, la *poupée d'amour* vive la corta é ingrata vida de los juguetes, preferidos hoy, abandonados mañana y maltratados siempre, lo mismo en las horas de favor que en las de óvido, por esos terribles niños grandes que los hombres son.

ooo

La muñeca os mira... La muñeca sonríe... La muñeca pasa... Y su mirada es siempre la misma audaz mirada, y su sonrisa es siempre la misma invitadora sonrisa, y su paso, menudo y rápido, es siempre el mismo incansable paso... Es una gentilísima, adorable autómatas, y á semejanza de sus hermanas, las mujercitas con alma de resorte, tiene pintado el rostro y adorna con bucles postizos su inútil frente.

Si respondiendo á su interés fingido con vuestra gratitud sincera, la miráis y sonreís, pero en prudencia la dejáis pasar y alejarse y perderse entre la corriente humana, guardaréis de ella una dulce memoria, porque ella habrá sido para





Ciegos seguiremos después, merced al soberano "art de plaire", que es don exclusivo de esta muñeca de amor fabricada en París...

vosotros la ilusión que jamás tuvo realidad: aquella ilusión de la que nos hablaba Alfonso Karr, al decirnos que la dicha es una cabaña sobre cuyo techo de musgo florecen las margaritas y los lirios. Para ser dichoso ó para imaginárselo, hay que situarse frente á esa cabaña, mas nunca ha de entrarse en ella, porque al trasponer sus umbrales, necesariamente se deja de verla...

¿Olvidáis, por desventura, el consejo del poeta?... ¿Corréis en pos de la «muñeca», primero; vais á su lado, después; estáis entre sus brazos, al cabo?... ¡Habéis, pues, cruzado el dintel fatal!... Habéis renunciado á contemplar las margaritas y los lirios florecidos, que visten la ilusión, y si alzáis las pupilas en demanda del ensueño, sólo acertaréis á ver la arcilla dura y gris de la realidad...

Llámesse, burguesmente, Genoveva, ó Germana, ó Juana, como francesa legítima y parisiense neta; llámesse, pretenciosamente, condesa de Equis ó vizcondesa de Zeda, en pintoresco afán de aristocratismo y de nobleza; llámesse, en fin, paradójicamente, Suzy, ó Lilly, ó Fanny, en aún más pintoresca ficción de ingenuidad y de pureza, la *poupée d'amour* os contará siempre la misma historia, cuando sea llegado el instante de responder á vuestras confidencias sentimentales con otras confidencias, en ese inútil tanteo de las almas que tratan de hallarse cuando se encuentran los cuerpos...

Y así, la «muñeca» os hablará de su *debut*. Ella era, no ha mucho, una hija de familia, *tout-à-fait sage*, ó una prudente obrerita del Sentier... Ella estudiaba su *brevet* de enseñanza superior ó manejaba sombreros, y cintas, y plumas... Ella tenía entonces un *fiancé*, un prometido, con el cual iba y venía, y con el cual pasaba los domingos, como es costumbre por acá...

Pronto el *fiancé* trocóse en *petit ami*, pero aun la dicha hubiera sido posible, á no pagar el amante con negras ingratitudes el don supremo que ella le hizo de toda el alma y de todo el ser...

Luego del primer amante, vinieron el segundo, y el tercero, y el cuarto; y cada vez pasaron más deprisa, dejando tras de sí mayor amargura. Ahora ya, pasan tantos y son para «ella»



La "muñeca de amor" es parisiense: luego es también, y necesariamente, artista... El gusto y la intuición del arte son en ella talentos ingénitos; tal vez este sea el gran secreto de su encanto y la razón de su imperio...

tan indiferentes, que en verdad es como si no pasara ninguno; y entre la multitud de sus amigos de ocasión y de sus compañeros de azar, la «muñeca» está tan sola y abandonada como en medio de un desierto...

Tal os dice la bella, y de aseguráros esto á juraros que en fuerza de pecar es en ella tan liviano, tan *externo* el pecado, que bien podéis considerarla como mujer virtuosa y casta, no va ni el espesor de uno de los rubios cabellos, que, sueltos ya, tienden bajo vuestra mejilla la infinita clemencia de su intensa y aromada feminidad...

Y lo más grave de todo ello es que, en tal situación, propendeis á aceptar como artículo de fé el galante, el sutil engaño... En vano es que vuestra experiencia—esa triste experiencia que habeis pagado con la plata de vuestras sienes—trate de rebelarse contra el ardid y de evitaros el lazo en que vais á caer... ¡Caereis, al fin, ya que hay en ese lazo un divino espejuelo de hermosura, y que á él os asomásteis tanto que os fué inevitable cegar.

Ciegos seguireis *después*, cuando apagada la llama que en el espejo se reflejaba, abrais los ojos y queráis ver claro en la sombra...

Ciegos seguireis *después*, merced al soberano *art de plaire* que es don exclusivo de esta *poupée d'amour* fabricada en París; y solo tornarán vuestras pupilas á su normal clarividencia, cuando un mal día, en discreto rincón de un café «boulevardier»—quizá en el mismo rincón en que, por vez primera, la invitásteis y dísteis principio al rápido y trillado «flirt»—la oigais contar á otro hombre, que forzosamente os parecerá inferior á vosotros, el mismo cuento ó la misma historia que hubísteis de escuchar, conmovidos, en la hora sentimental de una tarde anublada de saudades...

«...Ella era, no ha mucho, una hija de familia, *tout-à-fait sage*, ó una prudente obrerita del Sentier... Ella estudiaba su *brevet* de enseñanza superior ó manejaba sombreros, y cintas, y plumas... Ella tenía entonces un *fiancé*, un prometido...»

Y al prestar oído, por segunda vez, á este relato, hecho á un intruso que en verdad no lo es más de lo que lo fuísteis vosotros para el alma



¿Quién ignora la fama de Monna Delza, la exquisita artista y, sobre todo, la divina "poupée", cuyos caprichos eran leyes, en París?... Vedla, en la forzosa "villégiature" de la hora actual, acompañada de su mejor, de su único amigo: el que obedece siempre, y siempre es fiel...

de autómeta de la «poupée», ¡cuán banal os parecerá esa historia que, sin embargo, pudo antojarseos interesante cuando la escuchásteis como ahora la escucha *el otro*, en delicioso arrobamiento de seducción...!

Mas ya el espejismo se deshizo... Habéis ol-

vidado el consejo del poeta, y en vez de dejar pasar á la *poupée d'amour*, guardando de ella la grata memoria de una ilusión que jamás tuvo realidad, la habéis seguido, primero, la habéis acompañado después, y al cabo, de sus manos, habéis franqueado el umbral de la cabaña flore-

cida, y con ella habéis dejado de ver las margaritas y los lirios para solo percibir, ante vuestros ojos desolados, la arcilla gris de la realidad...

ANTONIO G. DE LINARES

París, Enero 1916.



Liane d'Argent, otra de nuestras muñecas preferidas, aguarda también el fin de la guerra, acogida al dulce retiro de su "chateau" señorial...



Remembranza morisca

Lloras porque te ha olvidado
 aquel idrisita noble,
 que en los hierros de tu alféizar
 depositaba sus flores,
 que en sus kasidas sencillas
 retrató tus perfecciones
 y que en justas y torneos
 ostentaba tus colores,
 haciendo que te envidiasen
 las bellezas de la corte.
 Las penas que yo he llorado
 es también justo que llores,
 que sufras lo que he sufrido
 al morir mis ilusiones,
 que en las zambras no halles gusto,
 ni ronden tus miradores
 ojos en donde tus ojos
 pusieron sus ambiciones,
 que no halles paz en el día
 ni acorte el sueño tus noches,
 pensando en aquel ingrato
 que tuvo pecho de bronce,

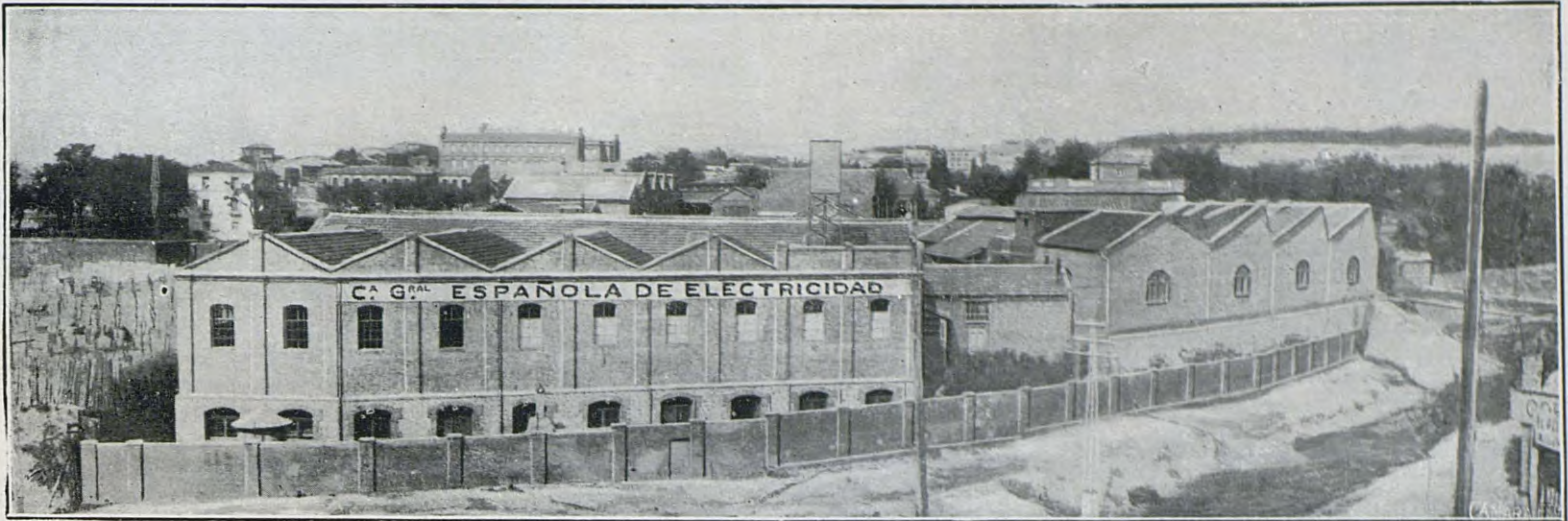
que resistió las caricias
 de las luces de esos soles,
 que son astros que iluminan
 el cielo de mis amores.
 Ya sabes cómo padecen
 por amor los corazones,
 ya sabes lo que son celos
 y los desdenes conoces,
 que tus labios han bebido
 la copa de los dolores,
 y amargas perlas del llanto
 en tus pestañas se esconden.
 Adiós, mi dulce Zafiya,
 sultana de mis amores,
 la de los ojos de fuego
 que encienden los corazones,
 ya suenan los atabales
 en los valles y en los montes;
 ya las mesnadas cristianas
 van cercando nuestras torres,
 y torno á montar mi potro,
 cojo mi lanza de roble

y parto para la guerra
 porque el deber me lo impone,
 deber que nunca se excusa,
 cuando por las venas corre
 sangre que no fué bastarda,
 sangre de ascendencia noble;
 mas si mi triste recuerdo
 turba alguna vez tus noches,
 en esas horas de insomnio
 que matan los corazones,
 á la vega cordobesa
 tus pensamientos se tornen,
 que allí buscará la muerte
 quien no logró tus amores,
 quien va dejando suspiros
 por los llanos y los bosques,
 quien no goza de tus ojos
 los divinos resplandores.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

DIBUJO DE ESPÍ

LAS GRANDES INDUSTRIAS NACIONALES
FABRICACION DE LAMPARAS INCANDESCENTES



Vista parcial de la Fábrica, tomada desde el barrio de Doña Carlota



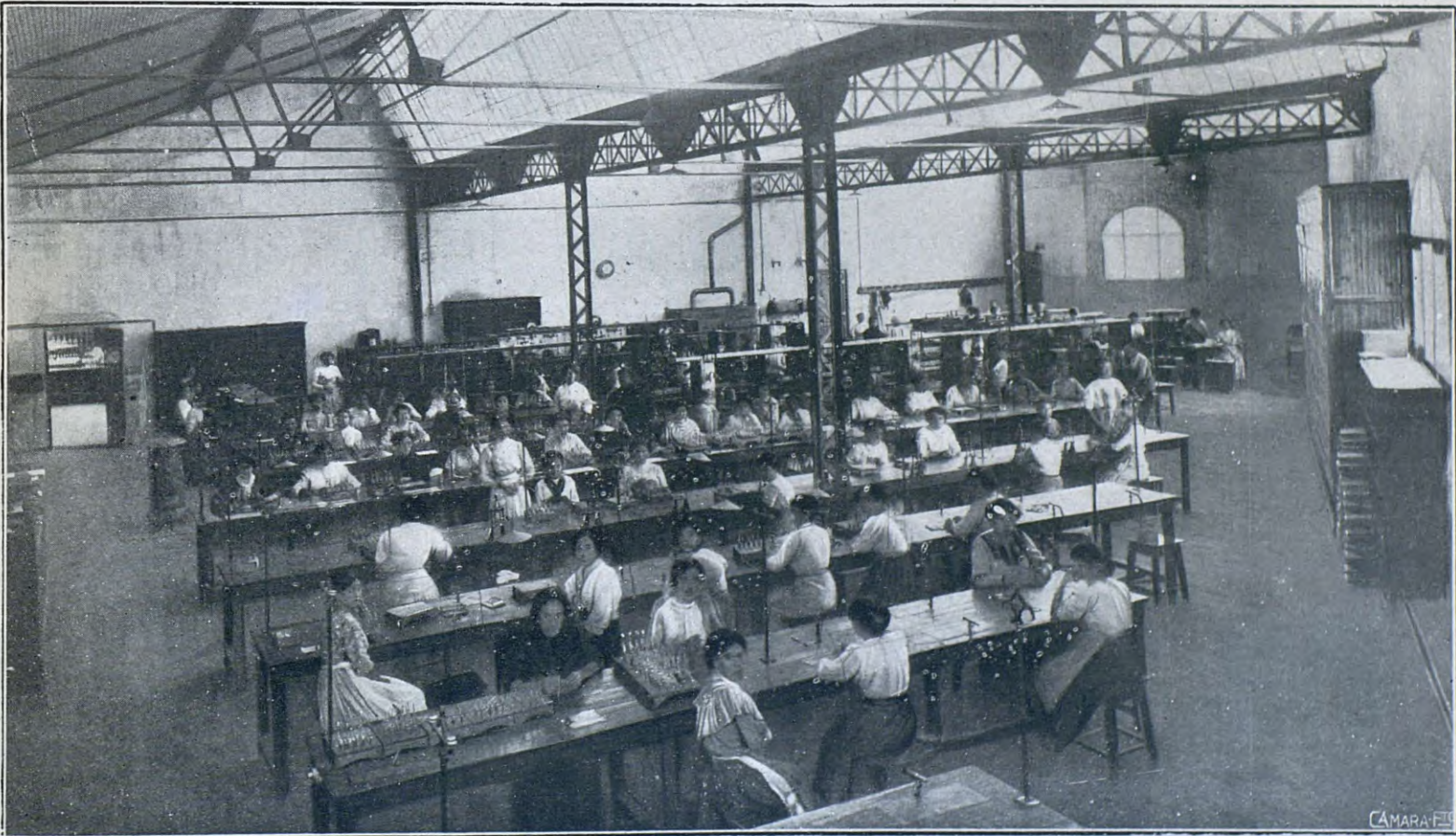
Preparación y montaje del filamento sobre el soporte de cristal

La importante industria de fabricación de lámparas incandescentes para el alumbrado, no sufre en Madrid, ni aun en España, los perjuicios que á la mayor parte de las industrias ocasiona la guerra y que amenaza con paralizar muchas de ellas por falta de primeras materias, merced á la felicísima circunstancia de ser una de las muy contadas que desde hace años está implantada con todos los elementos necesarios para funcionar sin que apenas necesite del auxilio extranjero.

Podrá sufrir las consecuencias lamentables que determina el estado anormal de Europa, en lo que se refiere al encarecimiento de los materiales, que alcanza, como todos saben, no solo á los que vienen de otros países, sino también á los de producción nacional, pero la fabricación no llegará á verse paralizada, puesto que los principales elementos que entran en ella se producen en el país y los contados que de fuera vienen podrán ser substituidos por los nuestros.



Soldadura de la ampolla de cristal con el soporte donde va montado el filamento



Parte del taller de preparación y montaje del filamento



Vista parcial del taller de sopladura

Teníamos grandes deseos de conocer detalladamente el funcionamiento de esta fábrica, de la que habíamos oído hacer grandes elogios, tanto en lo referente á su organización admirable como á su excepcional importancia, y previa la solicitud oportuna, á la que amabilísimamente contestó, en ausencia del director-gerente, D. Francisco Brandón, el subdirector de la misma, D. León Detienne, invitándonos á la visita de todos sus talleres, hemos podido satisfacer nuestra curiosidad, que nos permite ofrecer á nuestros lectores una breve reseña de este interesantísimo asunto.

La Compañía General Española de Electricidad tiene establecida su gran fábrica de lámparas incandescentes en el barrio del Pacífico.

Esta fábrica, fundada en el año 1894, es la primera que se instaló en España y la que ha legado á una situación tan evidente de mejoramiento y de perfección, que difícilmente podría ser igualada por ninguna otra, por muy considerable que fuese el capital que en su implantación se empleara y muy completos los elementos que para ello pudieran reunirse; pues hay que tener en cuenta que, fundada y dirigida por técnicos eminentes y funcionando durante veintidós años sin interrupción, ha podido llegar á un dominio absoluto en todos los aspectos, á una selección de elementos, de materiales, de aparatos y de personal, tan aquilatada y escrupulosa, que constituyendo el lógico efecto de

la labor inteligente de muchos años, debe considerarse insuperable. Cuando se estableció en Madrid dedicábase solamente á la fabricación de la lámpara de carbono, que como es sabido ha sido ya substituida casi totalmente por la de filamento metálico. Empleaba entonces unas cuarenta

personas, que fueron paulatinamente aumentando hasta llegar á doscientas en el año 1907, que rendían una producción de 5.000 lámparas diarias.

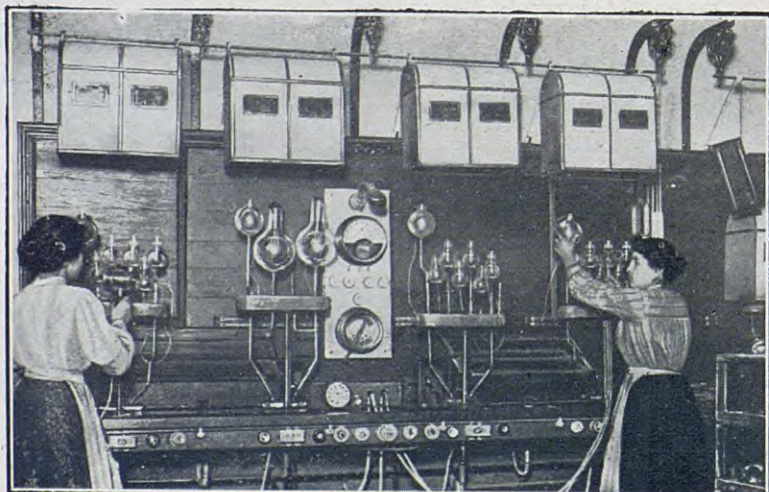
Comenzada entonces la fabricación de la lámpara de filamento metálico, no solamente tuvo que aumentar el personal, sino que también vióse precisada á ampliar los talleres, dotándolos de los nuevos y perfeccionados aparatos que requería esta fabricación, en la que llegaron á ocuparse hasta quinientas personas en el año de 1914.

En este mismo año emprendió la Compañía la fabricación de la nueva lámpara de filamento metálico de consumo medio vatio por bujía, vulgarmente llamada de nitrógeno, por entrar este elemento en la fabricación, viéndose nuevamente precisada á ampliar los talleres y á crear algunos más, así como á aumentar el número de operarios, que actualmente llega á la cifra de seiscientos, consiguiendo una fabricación diaria de dos mil lámparas de filamento de carbón, ocho mil de filamento metálico y mil de filamento metálico de consumo medio vatio.

Podrá formarse una idea de la importancia de estas reformas, del en-



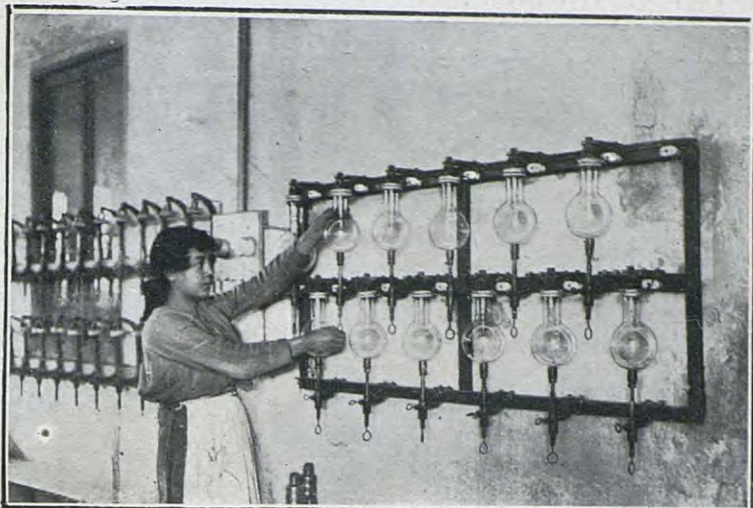
Una nave del taller del vacío



Vacío é introducción del gas nitrógeno



Cámara obscura (fotómetro)



Colocación del casquillo sobre la lámpara



Estampación de la marca de fábrica

grandecimiento de la industria y de los gastos que ha ocasionado la fabricación de un nuevo tipo de lámparas cada vez que ha sido implantada, teniendo en cuenta no solamente las ampliaciones de local que exigía la creación de nuevos talleres y la adquisición de nuevos aparatos y útiles, sino también la formación de nuevo personal, pues el que ya estaba educado, pasaba a la fabricación del nuevo tipo, y para cubrir las vacantes recibíanse nuevos obreros que habían de ser sometidos al oportuno aprendizaje.

Pero la Compañía no ha reparado en gastos, ni ha omitido sacrificios, atenta siempre a su propósito de que desde un principio la lámpara que había de lanzarse al mercado reuniera todas las perfecciones posibles, al objeto de que pudiera comparársela con cualquiera de las más acreditadas marcas del extranjero; lo que no solo consiguió rápidamente ambas veces, sino que logró en poco tiempo predominar en el mercado, como lo prueba bien elocuentemente el hecho de que haya sido adoptada por todas las grandes empresas de Electricidad, Ferrovias, de Coches camas y Tranvías de España, particularmente por la Sociedad de Tranvías de Madrid, que en todos sus coches lleva exclusivamente dicha lámpara y raro es el establecimiento ó casa particular que no la emplea.

Las lámparas que fabrica la Compañía son las de las marcas: «Metal T» para las de filamento metálico y «Metal 1/2 watt.» para las lámparas de nitrógeno.

Las seiscientas personas que trabajan en los distintos talleres de la fábrica son en su mayor parte mujeres, por requerirlo así la índole del trabajo, del sexo masculino son únicamente los maestros, jefes de talleres y personal de entretenimiento, que suman, aproximadamente, cincuenta, independientemente del numeroso personal empleado en la administración.

El mejor elogio que puede hacerse del excelente trato que reciben los obreros de esta fábrica y de la satisfacción con que en ella prestan sus servicios, á la vez que de su utilidad y competencia, es consignar que son muchos los operarios que trabajan desde su fundación.

La amplitud de la fábrica, el número considerable de sus dependencias y su enorme extensión, han hecho indispensable la instalación perfecta de una red telefónica que pone en comunicación los varios talleres.

Aunque la mayor parte del personal que presta servicio en la fábrica vive en las barriadas del Puente de Vallecas y Doña Carlota, teniendo en cuenta que algunas operarias tienen sus domicilios en calles muy apartadas, la Compañía ha instalado un amplio comedor con cocina de gas para la comodidad de estas obreras. También tiene instalada una sala de lactancia, para que las operarias que tienen hijos de pecho puedan ama-

mantarlos sin salir de la fábrica. Todos los talleres reúnen inmejorables condiciones de higiene, tanto por su aireación como por la luz que reciben y por la capacidad que tienen.

□□□

Además de las notas que en nuestra visi'a á la fábrica recogimos y mediante las cuales podemos ofrecer á nuestros lectores este breve bosquejo de su fundación y del rápido desarrollo y engrandecimiento de la industria, recibimos también una personalísima impresión de lo que al trabajo se refiere que también quisiéramos transmitir á nuestros lectores.

Para dar una idea de lo que es la fabricación de lámparas, en todos sus interesantes detalles, necesitaríamos mucho espacio, pues desde que empieza hasta que concluye, sométese á más de setenta operaciones distintas, todas ellas de una gran delicadeza y precisión que si hacen admirable el trabajo de las obreras por lo que tiene de minucioso, causa asombro por lo que se refiere á la maquinaria y aparatos, de una complejidad y de una precisión increíbles. Basta decir que los filamentos que se trabajan y que constituyen lo más importante de la fabricación de la lámpara, tienen los diámetros inverosímiles de una centésima de milímetro, hasta medio milímetro como máximo.

Pero aunque no de toda la fabricación ni muy circunstanciadamente por temor á pecar de indiscretos, sí hemos de decir algo de la lámpara de medio vatio, que por ser la del porvenir ofrece mayor interés.

Se fabrican en este tipo de lámparas desde cincuenta buías hasta tres mil, entrando en la

fabricación una gran variedad de metales, como el platino, molybdeno, tungsteno, nickel, cobre, latón, aluminio, etc., etc. Las operaciones principales consisten: en la preparación del filamento que afecta forma espiral, lo que se obtiene mediante máquinas especiales como la que figura en el grabado segundo de nuestra información. Móntase después sobre un soporte de cristal con ganchitos, para sostén del cual se introduce en la ampolla que constituye la lámpara y á cuyo largo cuello se suelda con sopletes de gas, operación de que da idea el tercer grabado. Una vez terminada esta operación se procede á hacer el vacío, que se obtiene mediante bombas muy perfeccionadas. Para esto las lámparas se sueldan sobre aparatos de cristal que comunican con las citadas bombas. Una vez obtenido el vacío, lo que se comprueba mediante el tubo de Crook, que está en comunicación con dichos aparatos, se procede á la introducción del gas de nitrógeno, dentro del cual ha de lucir el filamento, y terminada esta operación ciérrase la lámpara, que ya se encuentra en condiciones de poder lucir.

El grabado séptimo da una idea de esta operación.

Pasa luego á una cámara oscura (fotómetro) donde se hallan instalados todos los aparatos de precisión necesarios para medir exactamente la intensidad y el consumo de la lámpara. Sólo queda ya la colocación del casquillo de rosca ó bayoneta, lo que se consigue mediante una pasta que se adhiere al cuello de la lámpara y á la parte interna del metal y que se seca mediante un aparato de calefacción como puede observarse en el grabado noveno, soldándose después los conductores al culote de la boquilla. Una vez limpio el cristal de la lámpara se procede á imprimir la marca de fábrica, operación que se consigue por medio de una máquina, como puede verse en el grabado décimo, imprimiéndose también sobre el casquillo la marca del voltaje, intensidad, etc. Y ya completamente terminada la lámpara se procede á su embalaje dentro de cajas de cartón ó madera, cubriéndolas antes con un rollo de cartón rizado y papel en el que van impresos los pormenores que á la lámpara se refieren.

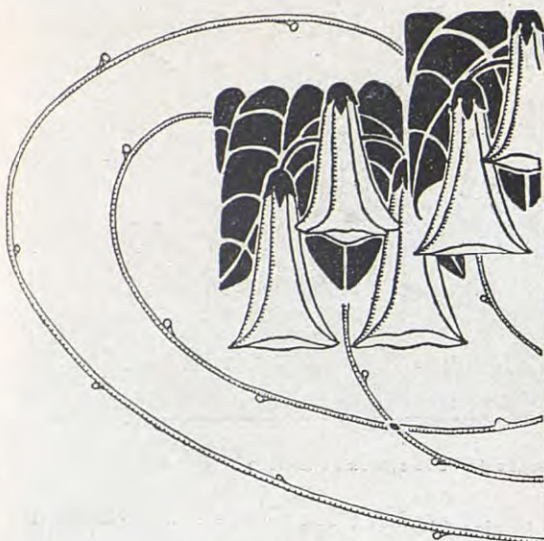
Esta próspera industria constituye una de las más importantes de Madrid, no solamente por el rápido desarrollo que ha adquirido, sino también y muy principalmente por referirse á un artículo de tan absoluta necesidad, tan imprescindible para la vida como es el de la producción de la luz en condiciones inmejorables y extraordinariamente económicas.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto los datos precedentes, relativos á una industria cuyo interés es tan grande como su importancia.—R. G. DE OCHOA



Parte del taller de colocación del casquillo, estampación de marca y embalaje
FOTS. SALAZAR

MOMENTOS HISTÓRICOS  SOL QUE MUERE Y SOL QUE NACE



13 de Febrero de 1837

La melancolía y sombrío carácter de *Figaro*, ha remitido hoy tanto, que parecía otro.

Estaba lleno de optimismo y esperanzas risueñas. Había retornado á su espíritu aquella jovialidad y viveza de años antes, como si la vida abriérale nuevos horizontes de paz y ventura.

Se ha levantado antes de lo que había por costumbre á pesar de que trabajaba la noche anterior hasta la hora frontera del amanecer.

Sobre su pupitre había un rimerito de cuartillas. Escribió los cuatro artículos que restaba entregar á *La Revista Española* para el mes de Febrero.

—Mira, Juan—le ha dicho al criado,—vete á buscar al peluquero, que venga enseguida; si puede ser, tráele contigo. A ver si hoy me arreglais bien la casa, que brille todo como el oro; tú me pones en orden ese despacho, que está hecho una leonera. De camino que vas á buscar á mi tocayo *Figaro*, llévas el artículo este á la *Revista*... Cuando vengas enciende más braseros, pondrás dos en la sala, uno en el recibimiento y el más grande de todos en el despacho...

No se hizo esperar mucho el peluquero; con notable jovialidad lo ha recibido D. Mariano, y el maestro que siempre le servía en silencio, porque el *Pobrecito Hablador*, hablaba poco, ha visto hoy alzada su tortura y ha podido charlar de lo lindo y arreglar á su manera la cosa pública, pues *Figaro*, como suele decirse, le ha metido los dedos en la boca.

Luego de que con toda pulcritud, aderezase el pelo y la barba, se ha vestido el traje nuevo que no ha tres días estaba aún en el obrador de *Ulirilla*, y se ha ido á ver á *Delgado* su editor.

La campana grande de la parroquia de Santiago, tañía gravemente las doce cuando D. Mariano sentábase á la mesa.

Ha comido más de lo que por costumbre tenía; con el postrer bocado, encendió un tabaco, tomó sombrero y capa y fuese á visitar á su esposa *Doña Pepita* á la casa en que está depositada por acuerdo de entrambos.

Parece que también para la pobre resignada, hubo un poco de chanza y broma; ella lo tuvo á buen augurio. Pensaba acaso que aquello pudiera ser el prólogo de una reconciliación. Mirando á esto, sin duda, díjole ella que á cosa de las ocho pasaría á ver á *Adelita*, la nena menor que vivía con *Figaro*. Pero éste le ha dicho que lo dejase para mañana, porque precisamente á esa hora, habría de recibir una visita de cumplido.

□□□

A cosa de las siete y media y cuando *Figaro* estaba muy entretenido con *Adelita*, que es una angelical criatura, oyóse la campanilla de la escalera.

Don Mariano dejó la nena y llamó á una criada para que se la llevase.

Paróse ante un espejo, alisóse la cabellera, se acarició la barba, miró si la ropa le sentaba bien, y salió del despacho para entrar en la sala...

Allí esperaba la visita.

Dos damas, una de ellas joven, espléndidamente hermosa; la otra de ya alguna edad y traza más humilde, parecía señora de compañía...



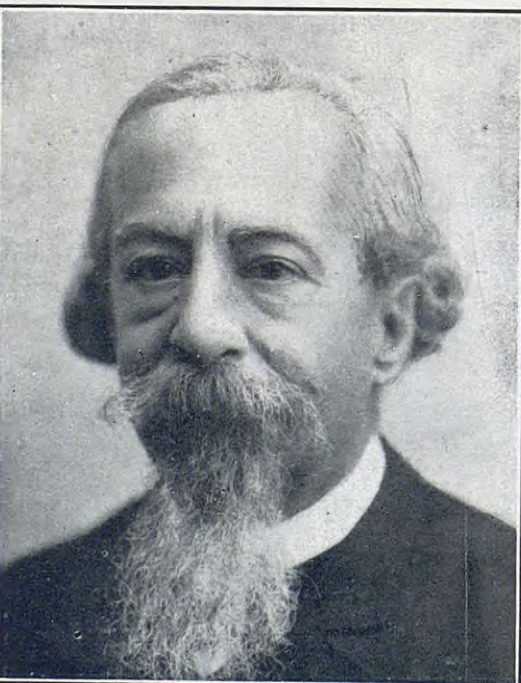
MARIANO DE LARRA
("Figaro")

Apenas *El Pobrecito hablador* apareció en la estancia, levantáronse del sofá que ocupaban.

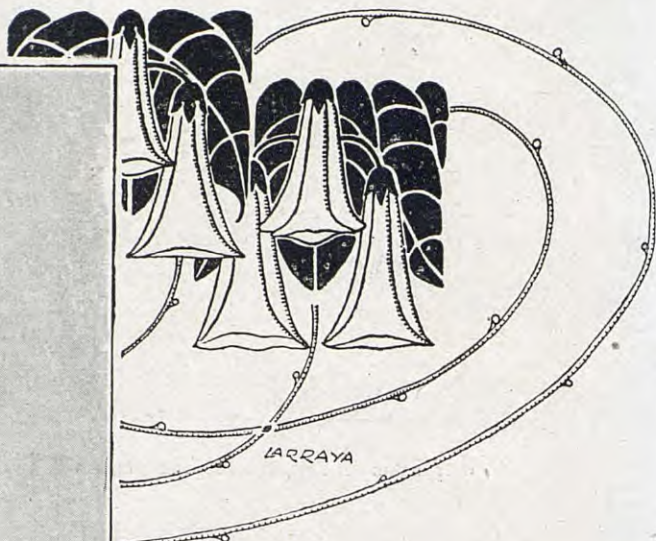
Con mucha emoción y cortesanía, rogóles el maestro que tornaran á sentarse, pero la joven, disculpóse diciendo que no disponía más que de diez minutos, que venía arriesgándose á todo, pues acaso las seguían y que estaba en un gran peligro.

Dicho esto como exordio y con voz muy nerviosa continuó:

—Mariano, esto se ha acabado; no hay forma, ni yo quiero buscarla, de seguir adelante. Basta con las niñerías pasadas. Mi marido me dá una vida imposible de vejaciones y disgustos; en fin que yo estoy en evidencia ante el mundo, y los dos en peligro; sin ir más lejos ahí tienes el due-



D. JOSÉ ZORRILLA



lo á muerte que tenfais concertado, del que gracias á Dios pudieron disuadiros. De manera que ya sabes, todo ha terminado. Para decirte esto, te escribí que me esperases esta noche. Si ciertamente me quieres con la pasión inmensa que dices, tú eres quien más debe alegrarse de este rompimiento. Conservemos el uno del otro un buen recuerdo de las horas felices, pero nada más... ¡Adios Mariano!...

Y la hermosa mal casada estendió la diestra al encuentro de aquella otra insigne que en vida estaba tegiéndose la corona de su gloria, pero no la halló.

Figaro suplicó, rogó, lloró... más la determinación de la señora, (cuyo nombre he de callar por respeto á su memoria y consideración á sus descendientes) era firme, y temiendo al fin no ser dueña de su voluntad, salió de la estancia, seguida por su acompañante, ganó la escalera y enseguida la calle, por la que subió con dirección á Santiago.

□□□

No había llegado al portal, cuando en la habitación de *Figaro* se oyó un golpe seco como si alguna puerta hubiera sido cerrada violentamente, y ruido de cristalería deshecha.

Los criados comentaron.

—¡Vaya un geniecito que ha dejado la visita en el ánimo del señor; él que estaba hoy de tan buen talante!...

—Sin duda que ha tirado la mesa con el servicio de café. Pues lo que es yo no entro, como no llame.

—Ni yo.

—Ni yo.

En esto estaban, cuando apareció el ama de gobierno con la encantadora *Adelita*.

—Juan,—dijo al mozo,—lléve á la nena á que dé un beso á su papá. Ha cenado ya, y se vá á acostar como hacen las niñas buenas.

Adelita no se ha esperado á que Juan la tomase de la mano, y echó delante como un pajarillo suelto.

□□□

Un grito desgarrador corre por toda la casa; toda la servidumbre se precipita en la sala donde *Adelita* entra á buscar á su papá, y hallan á *Figaro* tendido en el suelo, ante un espejo destos que llaman de cuerpo.

De su sien derecha mana un hilo de sangre, que ha ido á enrojecer trágicamente los blancos zapatitos de la niña...

□□□

El cadáver del escritor más insigne de cuantos hubo en el siglo XIX, ha sido trasladado á la bóveda de Santiago. Mañana le dan tierra en el Cementerio de la Puerta de Fuencarral.

□□□

Al sumirse este sol en la eternidad, no ha querido sin duda quien quiera que sea el que rige estos complicados engranajes de la máquina del mundo, que pierda la parte florida de su ingenio, y al borde de su misma fosa, comenzó á nacer el Febo de la lírica española, que pervirtió y salvó á *Don Juan Tenorio*.



POMPAS DE JABON, cuadro de J. Cruz Herrera



EL PAPA ADRIAN VI
Según una estampa antigua

FRANCESCO Berni fué aquel florentino que elevó la poesía jocosa italiana á la más completa perfección, tanto que ella le debió su nombre y así comenzó á llamarse después de él: poesía bernesca. Así habla Quadrio en la *Storia e ragione d'ogni poesia*.

Sin que por esto vaya á creerse que Berni creó la poesía jocosa, es cierto que le dió muy nueva

vida, Burchiello, Pulci, Bellincioni, los autores de los *Canti carnascialeschi*, habían ya en el siglo anterior lanzado la semilla de donde salió la espléndida cosecha de versos burlescos y alegres. Berni la vistió de un modo particular suyo.

No se crea, sin embargo, que toda la poesía bufonesca y ridícula puede llamarse bernesca, al contrario: son precisos en el autor un número verdaderamente poético, elegancia de estilo, propiedad de lenguaje, facilidad extrema; saber enunciar con todo aire de seriedad una paradoja ridícula, sostenerla con razones frívolas y gruesas expresadas con sutil gracia; adornarla con extrañas metáforas y con parangones lejanos y mostrar la más grande osadía y seguridad, aunque se incurra en las mayores contradicciones, es lo que constituye el estilo, la característica de la poesía bernesca.

Ese mismo jocoso brío de gracia gentil y bizarra culmina en *Orlando innamorato*, obra de mérito incomparable según Tiraboschi; poema «que fué acogido con grande aplauso y reputado siempre como uno de los mejores poemas épicos romancescos».

Con el mismo asunto y los propios acontecimientos narrados por Mateo M. Boyardo, sin cambiar nada del plan, lo vistió á su modo. Reformó el estilo toscano del original que frecuentemente parecía incorrecto y bárbaro al gusto florentino, y cambió lo serio en burlesco. La risa surge, naturalmente, al ver contar como verdaderas, con cómico aire de sencillez y de hombría de bien, cosas disparatadas fuera de todo lo verosímil, fuera de los límites de lo creíble.

Berni fué uno de los precursores de Cervantes. ¿Influyó también en el autor del *Quijote* el poema burlesco de *Orlando innamorato*? Allá los eruditos, que no es ese mi papel ni tengo autoridad para representarlo. Pero es de notar que, en fuerza de exageraciones, las empresas de los paladines aparecen tan ridículas en *Orlando innamorato* como en nuestro *Ingenioso hidalgo*.

El mayor mérito del *Orlando* de Berni no estriba sólo en la jocosa locura de las imágenes, sino en la ingenua gentileza de las expresiones. Berni recogió los modos más gentiles y más límpidos del vulgo florentino y vistió con ellos su obra. L'Academia della Crusca reunió estudiosos y cuidadosamente los especiosos vocablos y los preciosos adagios que en el bernesco *Orlando* florecieron y los engarzó, como otros tantos joyeles, en las varias ediciones del *Vocabulario*. De áureo calificó el estilo de tal poema el preclaro Betinelli. Nadie hasta Berni manejó tan bien lo burlesco.

Nació Berni hacia 1490 en el castillo de Lamporecchio, de familia noble, pero pobre, originaria de Florencia. Se le educó lo mejor que se pudo, pero vivió en muy angustioso estado de fortuna hasta los diecinueve años. Ilusionado entonces, y con las más bellas esperanzas, recurrió á Roma y acogióse con el cardenal Divizio da Bibbiena, su pariente. Véase cómo habla de sí y del cardenal en el canto LXVII, estrofa 37, del *Orlando innamorato*:

Costui ch'io dico, á Lamporecchio nacque,
Ch'é famoso castel per quel Maselto;
Poi fu condotto in Firenze, ove giacque
Fin a diciannove anni poveretto;

A Roma andó da poi, com'a Dio piacque,
Pien di molta speranza e di conzetto
D'un certo su parente cardinali,
Che non gli fece né ben né male.

En verdad, no se puede expresar más fina ni elocuentemente los beneficios que recibió del cardenal su pariente: *No le hizo ni bien ni mal*.

Muerto el cardenal, entró al servicio del prelado Angelo Divizio, sobrino de aquél, y con el cual hizo la misma carrera é idénticos progresos que con el tío, por lo que decidió mudar de señor y se entró al servicio del Gio. Matteo Giberti, obispo de Verona, y tesorero del pontífice Clemente VII, en calidad de secretario.

Creía Berni saber su oficio, pero el pobre no

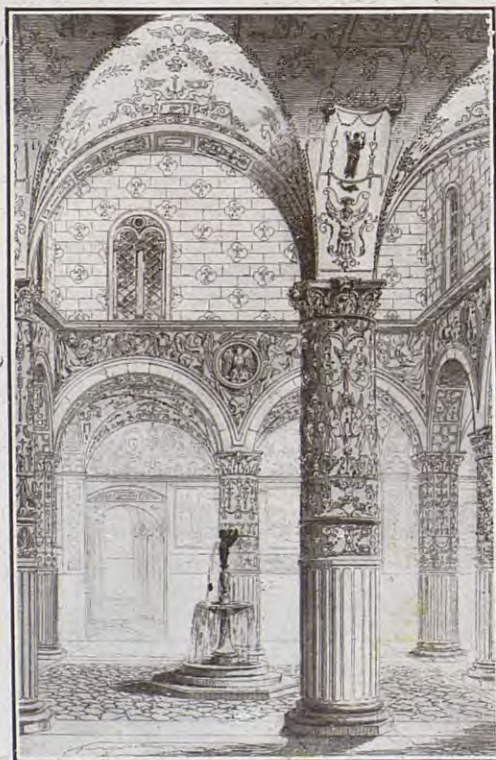


FRANCESCO BERNI
Según un grabado de G. Boggi

sabía ni jota. Ved cómo lo cuenta él mismo en su *Orlando innamorato*:

Quivi anche, o fusse la disgrazia, ó'l poco
Merito suo, non ebbe troppo bene:
Certe benefició'l aveva loco
Nel Paese che gli eran brigue e pene:
Or la tempesta, or l'acqua ed or il foco,
Or il diavol l'entrare gli ritene;
E certe magre pensióni aveva
Onde mai un cuattrin no riscoteva.

Así vivió siete años; pero habiéndosele conferido una canongía en la catedral de Florencia, y viéndose muy acepto al duque Alejandro y al cardenal Hipólito de Médicis, con motivo de la vivacidad y bizarría de su talento, pensó repararse abrazando con transportes de júbilo aquella libertad por la cual había lanzado tanto sus-



Patio del Palacio Viejo, en Florencia

piro. Sin embargo, de creer á algunos cronistas fué fatal para él el favor de ambos príncipes. Eran rivales, aunque eran hermanos. El cardenal Hipólito, joven ardiente, sufría mal el verse postergado por Alejandro en el señorio de Florencia. Por el contrario, el duque guardaba un amargo sentimiento contra el cardenal, cuyos ambiciosos pensamientos y natural inquietud conocía y temía. Se ha dicho hasta que cada uno de ellos solicitó la colaboración de Berni para asesinar por medio del veneno al otro hermano; que el poeta no sólo se negó, sino que mostró el más grande horror, y que uno de los dos rivales, en venganza de su negativa, le hizo al propio Berni preparar el veneno, hacérselo tomar y hallar así prematura muerte.

El conde Mazzuchelli, con mucha perspicacia, desmiente de modo muy razonable esta leyenda. Hace notar que el cardenal Hipólito murió en 1555 y el poeta en Julio del año siguiente. El cardenal, pues, no podía ya envenenarle.

Lo mismo cabe pensar del duque. No pudo mandar suicidarse al poeta, porque se le negara á envenenar á un rival que ya estaba en el otro mundo.

Pronto ingenio, humor festivo, fantasía muy varia y sensible á las impresiones ridículas de personas y objetos, fueron las cualidades mentales de Berni. Esto le hizo poco amante de las ocupaciones serias que requiriesen asiento y fatiga. Más bien fué dado á la pigricia, á la frivolidad y á los cuidados del amor. Sus aventuras no fueron ruidosas, pero abundaron mucho. Al menos así se pinta á sí mismo:

Forte colerico é sdegnoso,
Della lingua é del cor libero e sciolto.

Algo así como debió de ser nuestro Cervantes, á juzgar por lo que le dijo Avellaneda en el prólogo de su apócrifo *Don Quijote*.

Era sumamente enamorado, y su placer después del amor, según propios versos suyos,

Era non far nulla e starsi in letto.

Es la equivocación de muchos espíritus vulgares y la de muchos espíritus superiores: creer que no haciendo nada horas enteras en el lecho no se trabaja. Si el cerebro durmiera, sería cierto. ¡Quién sabe si toda la obra de Berni, como la de casi todos los grandes ingenios de la Humanidad, se ha debido más á *ese non far nulla in letto!* ¡Quién sabe si cuando más labora el artista es precisamente cuando estando más inactivo, más suelto y libre vuela su número!

Aquella libertad de lenguaje y de corazón le granjearon no pocos disgustos y antipatías. Ha de advertirse que aun agregado á una corte pontificia no pudo dejar de aguzar su pícaro ingenio, aun á su pesar, contra los dos pontificados de Adrián VI y Clemente VII. Contra este último escribió aquel irreverente soneto que comienza:

Un papato composto di rispetti
di considerazioni de di discorsi,
di piú, di poi, di ma, di si, di forsi,
di pur, d'assai parole senza effetti...

Y con cuánto ingenio se las arreglaría para, pese á su sinceridad, ser aún recibido y halagado en la corte.

Acerca de Berni y de los muchos imitadores que le salieron luego, compuso Monseñor de la Casa estos hermosos versos.

Il primo é sfato e vero trovatore
Maestro e padre del burlesco stile;
E seppa in quello si ben dire e fare
Insieme colla penna e col cervello,
che invidiar si può ben, non imitare...

DE NORTE A SUR

La sombra de Wellington

La señora Applin ha cumplido noventa y ocho años. Para celebrar su cumpleaños, la señora Applin convida al señor Horne a tomar una taza de té. El señor Horne no es tan viejo como la señora Applin, pero también se acerca al centenario de su nacimiento: tiene noventa y dos años.

En la plácida y serena intimidad del hogar de la señora, los dos ancianos que conservan una extraña lucidez, un raro dominio de sus facultades físicas e intelectuales, hablan del pasado.

Todo en torno suyo es dulcemente evocador. En las paredes los viejos retratos familiares son la historia de un siglo. Desde los borrosos daguerrotipos a las modernas «gomas» que parecen grabados. La señora Applin ha visto nacer,

ron. El señor Horne ha sido cochero del segundo, del tercero y del cuarto duque de Wellington; pero sin haber conocido al «otro capitán del siglo», ha vivido cincuenta años en el recuerdo y el culto de la histórica figura.

Y en esta tarde pálida de Febrero, mientras toda la ciudad, más allá de las ventanas del hogar de la señora Applin, se agita en bélica fiebre y suenan las bandas de música de las compañías militares reclutadoras, y en Trafalgar Square se pronuncian discursos patrióticos y los muros gritan con la agresividad de sus carteles, los dos «fieles servidos» como se dice en los folletines siempre y casi nunca en la vida se demuestra—hablan del *Iron duke*.

Era realmente el «duque de hierro», incluso cuando ya abrumado de honores y de años le

condestable de la Torre de Londres, lord lugarteniente del conde de Hauts, y, en todo el mundo, *duque de Wellington*, el más alto título de todos, porque es el que suena al desgarrar de los clarines y al bélico sonar de los tambores, y es el que había de quedar perdurable en los bronces y en los mármoles conmemorativos.

—¿Os acordáis de su divisa, Mrs. Applin?

—¿Cómo olvidarla, Mr. Horne? *Virtutis, fortuna comes*. ¿Y recordáis quiénes le acompañaban aquel día de Junio de 1815, en que venciera al corso?

El señor Horne balbucea, se rasca las características patillas de *coachman*, abre la boca, y dice:

—Pues... ahora... No recuerdo bien.

La señora Applin sonríe desdeñosa. Entorna



La señora Applin y el Sr. Horne, tomando el té

FOT. HUGELMANN

amar, sufrir, reproducirse y morir a todas aquellas mujeres, a todos aquellos hombres que ahora la contemplan desde el fondo de sus fotografías empalidecidas de tiempo. La señora Applin, al leer ahora los periódicos, suspira y ruega al Señor que cese la guerra; y las lágrimas, estas lágrimas de los ancianos que parece no caerán nunca porque se detendrán en alguno de los cauces de sus arrugas, van, sin embargo, a enmudecer las hojas de su vieja Biblia, forrada de tela negra.

Otras veces, la señora Applin sonríe irónica.

—¿Habéis visto, Mr. Horne, qué vueltas da el mundo? Hoy luchan juntos los franceses y los ingleses.

—Es cierto, Mrs. Applin. No es como en tiempos del gran Duque.

—¡Oh, no, Mr. Horne!

La evocación les enorgullece. La señora Applin siente caldearse el corazón con la aureola gloriosa que envolviera al gran hombre.

Y entre los dos viejecitos, como en las leyendas fantásticas de ayer, en las películas cinematográficas de hoy, aparece la sombra del primer Duque de Wellington. La señora Applin es el único superviviente de la servidumbre del Duque. Fué lechera de la granja de Stratfieldsay durante sesenta y ocho años consecutivos. Conoció al vencedor de Waterloo y sirvió a su hijo y a su nieto hasta hace veintidós años que la jubila-

conociera la señora Applin, que entonces tenía el cabello rubio, los ojos dulcemente cariciosos y dentro de la promesa de su carne el corazón le brincaba de impaciencias.

No vería sonreír la gentil lechera de «Stratfieldsay House» al anciano de la dura mirada, el alma fría y los ademanes altivos. Y todo el enorme prestigio del que supo detener la audacia de Napoleón y tendió sobre el sol de Austerlitz la noche de Waterloo, estremecería a la muchacha humilde y la ruborizaría con ese orgullo reflejo de los servidores de hombres ilustres.

Nadie tan glorioso entonces como Arturo Wellesley. Espejo de caudillos que a los veinticinco años era teniente coronel, que todo se lo debía a su espada, y que desde el príncipe Tipoo-Say hasta Napoleón Bonaparte, no conoció enemigos por poderosos que fueran, capaces de vencerle.

El viejo que veía pasar algunas mañanas la lecherita de Stratfieldsay House, tenía en España los títulos de *duque de Ciudad Rodrigo* y *Grande de primera clase*; en Portugal, *marqués de Torres Vedras*, *duque de Vitoria* y *conde de Vimeiro*; en Holanda, *príncipe de Waterloo*; en Austria, en Prusia y en Rusia, *feld mariscal*, y en Inglaterra, *coronel de Granaderos de la Guardia*, *coronel de cazadores de a pie*, *caballero de la Liga*, *gran Cruz de la orden del Baño*, *lord conservador de los cinco Puertos*,

los párpados y lentamente, con su voz feble, murmura:

—Los escoceses grises, los guardias de a caballo, los regimientos de Maitland y de Mitchell, las infanterías de Pack y de Kempf, la caballería de Posomby y de Sommerset...

Ha cerrado por completo los párpados. Ve imaginativamente aquel desfile de vistosos uniformes, de caballos que braceaban en el fango, que arrastraban los jinetes muertos y enganchados por un pie en el estribo.

Hay una pausa larga, demasiado larga. Retiemblan los cristales de las ventanas al paso de los enormes vehículos londinenses. Fuera cae el día anticipada la noche por la niebla. El pecho de Mrs. Applin se agita suavemente. Y Mr. Horne pregunta:

—Mrs. Applin. ¡Mrs. Applin! ¿Os habéis dormido?

Y después de otro silencio:

—¡Qué diferencia de entonces!, ¿verdad, amigo mío? Antes luchaban los ingleses contra los franceses. Ahora pelean juntos.

—¡Ay! No, viejecita Applin. Los tiempos no han cambiado. Si entonces Inglaterra mataba a los franceses, ahora los envía a la muerte. Si entonces Inglaterra estaba celosa del poderío de Francia, ahora envidia el poderío de Alemania.

José FRANCÉS

PAISAJES DE ESPAÑA DONDE NACE EL EBRO

ESTE río famoso y legendario, arrullo del Pilar, núnmen que inspiró al pueblo muchas coplas bizarras, testigo inmortal de la tesardudez aragonesa y espejo en que se miran tierras pródigas y sonrientes, tiene nacimiento humilde y poético en unas peñas cuya pelada superficie besa reverente y sumiso con sus primeras espumas. El, tan grande y orgulloso después, como quien sabe que el nombre de sus aguas suena en cantares y romances, tiene en su origen unos lentos murmullos de fuente escondida y recoge en su débil corriente la melancolía de unas tonadas primitivas y agrestes.

Antes que se despeñe camino de la planicie aragonesa, forma un breve remanso, como quien se detiene un poco en el camino para decir adiós a los peñascos que le sirvieron de cuna. En su momentánea quietud le sorprendió un artista y copió en el lienzo la transparencia de sus aguas cuando navegaban sobre ellas, no cisnes blancos y gentiles, sino patos panzudos y silvestres. Algún tiempo después, acabada su vida de dolor y tragedia, ya nublado su entendimiento por las sombras de la locura, aquel pobre poeta de los pinceles se iba del mundo dejando unido su nombre de pintor al del río famoso.

Luego de emprender el Ebro su tumultuosa carrera, abriéndose camino en las angosturas de la montaña santanderina, pasa bajo el dosel que forman espesas arboledas seculares, misteriosas y oscuras como las de un bosque druídico. Al deslizarse por la campiña campurriana, hieren sus aguas los penachos de alisos y zarzamoras y alguna que otra vez recogen su fuerza las piedras de un molino patriarcal, donde una moza toda salud entona mientras bate la espada, una dulce canción de la Montaña:

*Arriba la flor, abajo el romero,
jay, mi dulce amor!
si te vas, yo me muero...*

Y antes de salir de su tierra nativa para fertilizar extraños campos y recoger en su corriente las arrogancias y bizarrías de la jota, deja que en él retrate su torva catadura alguna casa señorial que evoca el tiempo antiguo y recuerda en sus desvencijados sillares alguna olvidada virtud ó una tragedia que las abuelas recitan, en son de romance, junto al llar, en la humosa cocina de la aldea.

Los que hacen jornada en Reinosa para seguir camino hacia Campoó de Arriba, al modo de Marcelo, el héroe perediano, sorprenden al río montañés cuando su curso es sosegado y apacible. A poco impuesto que el espolique esté en las bellezas de la tierra, á poco «letrado» que sea quien señale aquellos caminos que conducen á la morada de los osos, no dejará de llamar la atención al viajero sobre las particularidades del paisaje, ni sobre el castillo de Argüeso—«obra de moros», como todas las edificaciones de fábrica vetusta—ni mucho menos sobre el nacimiento del Ebro, al pasar por Fontibre. Y por menguada que sea la afición del viajero á las hermosuras naturales, por dormida que lleve en su espíritu la sensación del paisaje, tampoco dejará de sentir las emociones que despierta la contemplación de una tierra que es con sus valles hondos y sus montes bravíos el trono de la Naturaleza. Bajo una bóveda de ramaje donde la luz se detiene en un beso que nunca acaba, junto á un regato de aguas cantarinas y frescas y frente á la majestad de las montañas que se levantan como un enorme anfiteatro, se cree en el alma del paisaje y se la adora y acaricia con el fervor que tuvo en su existencia el triste Amiel.

No lejos de Reinosa, donde nace el Ebro, alza su mole venerable la torre de Proaño, resquebrajada y ruinosa, casi vencida por los siglos. Es una torre cuadrada, que perfila sus muros sobre una tierra que rasgan frecuentemente los aluviones, entre zarzas, helechos y hierbajos, robles de duro y fibroso tronco, álamos picudos como lanzas y portillos desvencijados. De ella puede decirse, como de tantas otras torres, ayer robustas y hoy caídas, que se muestra al mundo con esquivaces de pobre y orgullo de señor. Pero no tiene, como algunas hermanas suyas, leyenda de caballero despótico, ni conseja de doncella celada por un dragón. Mucho menos, es albergue misterioso de brujas. Su historia es limpia y clara, sin que hayan osado turbarla



Un rincón de la Montaña, en Reinosa

FOT. SAMOT

las ruindades del tiempo ni las sombras en que suele envolver el vulgo á las cosas viejas. En la torre vivió un hidalgo que ennobleció el hocón y la azada, porque sus manos, que labraron la tierra, esgrimieron también la pluma y escribieron muchas páginas que son como un tesoro para poetas y eruditos.

Desde sus altos ventanales se abarca en toda su imponente majestad el paisaje. Valles hondos, praderías sonrientes, ondulantes maízales, rumorosas robledas, montañas que levantan sus jorobas hasta envolver sus picos en las nubes... Y luego otros valles, otras honduras y otras cumbres, más altas todavía, donde solo llegan, en su vuelo, la fantasía y las águilas. Allí, las fuentes del Ebro, el río famoso y bizarro, brotando de unas peñas peladas; deteniéndose un poco más allá para formar un remanso;

deslizándose luego entre mimbreras y alisos, sobre un lecho de bruñidos lastrales; pasando bajo la armadura de un puente, junto á cuyos pilotes de madera lavan unas pobres mujeres; perdiéndose al fin entre peñascos y taludes, como un corcel indómito, rizando al aire la espuma de sus crines. Siempre el paisaje lozano y opulento, de nieblas y de luz, de claridades de huerto y penumbras de enramada, eterno poema sin estrofas cuyo ritmo es, sin embargo, inmortal.

Y á la sombra de estos montes, bajo la caricia de las robledas y al arrullo de las aguas del río famoso, el más español y legendario, Reinosa despierta y juvenil bajo el sol estival ó silenciosa y adormecida bajo la tragedia de sus nieves en el invierno.

José MONTERO